

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

7

La Novela Semanal Cinematográfica



EL 
CORSAIO

POR
AMILTO NOVELLA
Y E. DARGLEA

UNA PESETA

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A

EL CORSARIO

HISTORIA ROMÁNTICA
DEL AÑO 1800

Interpretación de
AMLETO NOVELLI
y EDY DARCLEA

Dirección artística:
AUGUSTO GENINA

EXCLUSIVA DE

PROCINE, S. A.

CORREJO DE GIENYO, 317 - BARCELONA

mentándose en sus arenas, alzábanse las primeras casitas del pueblo, pequeño y humilde lugar del sur de Italia.

Un camino costero unía este pueblo con otro inmediato; y fué en las primeras horas de la tarde del día en que comienza esta narración, cuando apareció en él un jinete que espoleaba furiosamente a su caballo.

Muy lejos, allá en los confines del horizonte, uníanse el cielo azul y el mar azul, y hacia ese límite miraba el jinete con ansiedad de cuando en cuando, sin detener, no obstante, el galope frenético de su cabalgadura.

Nadie le esperaba en el pueblo... ¿Quién era entonces?

Un mensajero de noticias, de nadie presentidas.

Y toda la tarde galopó el caballo, siempre azuzado por su jinete.

Próxima ya la noche, los hombres del pueblo, todos gente sufrida de mar, aparejaron sus barcos para la ordinaria salida nocturna.

Los gritos ordenancistas de los patronos, las voces juveniles de los grametes y las canciones de los pescadores mezclábanse con

el rumor de las olas al deshacer su cabellera de espumas en la playa.

Un muchacho corrió hasta las primeras casas y se detuvo delante de una cuya puerta acababa de abrirse, dando paso a una joven blanca y rubia, de mirada tímida y gracioso aspecto.

— María, dile a Paolo que ya están las barcas preparadas... Sólo esperamos a que él venga para salir.

— Bueno, ahora se lo diré — prometió la joven.

Alejóse el muchacho, y María abrió la puerta de otra casa frontera.

Paolo, su marido desde un mes antes, un mozállón fornido, alto y ancho como un atleta clásico, hallábase junto al hogar.

Sin prisas, con paso corto y cadencioso, ella se le acercó.

— Paolo...

El volvióse para mirarla.

— ...han venido a avisarte.

— Dame un beso — pidió él con cierta brusquedad.

María llenóse la boca de sonrisas y se hizo un poco atrás, pues su marido había

acompañado sus palabras de un codazo, y los codazos de Paolo, aun cuando quisieran



Sin prisa, con paso corto y cadencioso, ella se le acercó.

ser una caricia, resultaban siempre peligrosos.

— Tienes que marcharte — dijo la joven.

— Ya lo sé, pero dame un beso.

La enlazó de pronto, sujetándola por la cintura, y ella alzó hacia él su cabeza en la que la boca roja semejaba un corazón; y los labios de Paolo se apoderaron rapaces del beso que su mujer le ofrecía.

Pequeña y frágil, entre los nervudos brazos del hombre, María daba la impresión de una muñeca que fuera a quebrarse.

Sonó una risa cascada y burlona. El matrimonio deshizo el abrazo y, volviéndose, vieron al guardián del fortín que defendía el pueblecito, un viejo sin importancia, tan escaso de vigor como lleno de malicia que arañaba de entrar sin que le oyesen.

— En mis tiempos, yo hacía lo mismo

— comentó el guardián riendo de nuevo.

— Es buena cosa ser jóvenes y tener una mujercita, ya lo creo.

La compañera de Paolo, haciéndose la desentendida, cogió una olla que puso al fuego.

— ¿Te vas, Paolo?

El pescador salió dirigiendo una última mirada llena de cariño a su mujer, que continuó trajinando ajena a la presencia del guardián.

Camino de la casa en que quedaba María venía en aquel instante el calafate, viejo lobo de mar, que poseía la sabiduría y la discreción de la ancianidad. Sus años, ricos en experiencia, dábanle gran autoridad en el pueblo, y los pescadores le consultaban como a un oráculo, antes de salir con sus barcas, cuando el lienzo obscuro de una nube negrecaba en el cielo presagiando tormenta.

Al mismo tiempo, el jinete que había hecho galopar su caballo durante toda la tarde por el camino de la costa, entraba en el pueblo y preguntaba por el calafate.

Su aspecto fatigado y sudoroso, su voz balbuciente y la expresión aterrada de sus miradas, que parecían conservar aun el recuerdo de alguna trágica visión de sangre, impresionaron a los vecinos.

— ¿De dónde vienes? ¿Qué es lo que sucede? — le preguntaron.

El jinete no contestó, insistiendo de nuevo en ver al calafate.

Un hombre cogió el caballo de las bridas y condujo al mensajero a donde estaba el viejo lobo marino.

Poco a poco, hombres y mujeres fueron

acudiendo al rumor de la llegada del viajero, formando círculo a su alrededor.

Sin apearse del caballo, el jinete refirió entonces las noticias de que era portador.

Los corsarios tuacinos — comenzó diciendo — han aparecido ayer en mi pueblo... pasándolo todo a sangre y fuego.

Un estremecimiento de espanto sacudió a los oyentes.

¡Los corsarios!

Su nombre era el anuncio de toda suerte de crímenes. Desde sus refugios, ocultos en la costa del norte de Africa, emprendían sus bárbaras correrías hacia las costas de Europa, asaltando los pueblos pequeños cuando sus hombres se hallaban entregados a las faenas de la pesca y huyendo antes de que ellos llegasen, dejando tras sí un rastro rojo de fuego y de sangre.

La voz del mensajero sonaba con un patetismo desgarrador.

Algunas veces interrumpíala el grito angustioso de una mujer, sobrecogida de miedo.

Fiamma, la hermana de Paolo — los dos hijos del calafate —, acudió también a oírlo desde lo alto de la escalera de su casa, y su



Fiamma, la hermana de Paolo, acudió también a oírle desde lo alto de la escalera de su casa...

actitud atenta, muy abiertos los ojos, grandes y rasgados, y la boca palpitante de ansiedad, revelaba el profundo interés que para ella, más que para nadie, tenían las noticias del viajero.

Unos cuantos pescadores rezagados, entre los cuales se encontraba Paolo, fueron acercándose al grupo.

El jinete prosiguió:

— Sólo los viejos y las mujeres habían quedado en el pueblo... Y nada respetaron: incendiaron las casas, ultrajaron a las mujeres y fueron despiadados con los ancianos y los niños...

Un coro de doloridas exclamaciones acogió aquel relato siniestro, evocación trágica del fantasma de la muerte.

Las madres estrechaban a sus hijos en sus brazos y sollozaban, temblorosas y sobresaltadas.

Y en lo alto de la escalera de su casa, Fiamma, la bella Fiamma, aspiraba las palabras terribles con una extraña emoción.

— ¡Cegaron a mi padre, arrancándole los ojos! — gimió el mensajero.

Y sus brazos se alzaron imprecadores, pidiendo venganza.

— ¡Vigiladles si vienen, prevenios a la defensa y así vengaréis a los que hemos sido sus víctimas!

Los puños de los hombres se crisparon violentamente.

¿Quién podía asegurarles que aquella misma noche acaso, mientras ellos se hallasen en el mar, su pueblo no sería asaltado por los corsarios?

— Los tunecinos son gentes sin entrañas — dijo Paolo — y hay que temerles siempre... Preferible sería no salir hoy al mar...

— Salid sin temor alguno... ¡Nosotros vigilarémos! — prometió el calafate.

— ¿Y si vienen? — preguntó Paolo.

— Antes de que lleguen tocaremos la campana del fortín y encenderemos hogueras para avisaros.

Las discretas palabras del viejo tranquilizaron a los pescadores y calmaron la zozobra de las mujeres.

Una hora después, hacíanse a la mar las barcas.

La noche azul, con el cielo rutilante de

estrellas, tendió sus sombras claras sobre el pequeño lugar.

Todos los vecinos — los viejos, los niños y las mujeres — habíanse recogido en sus



— Los tunecinos son gentes sin entrañas y hay que temerles siempre...

casas, y todos sentíanse turbados por idéntico temor.

Cerca del hogar, el calafate, con Fiamma y la compañera de Paolo, velaban, guardan-

do un silencio inalterable, y los tres pensaban en lo mismo: ¡en los corsarios!

¡Los corsarios!... Fiamma sabía quiénes eran.

Estaba llena de su recuerdo.

Tres años atrás habían asaltado el pueblo, dejándole a ella la impresión imborrable de un incidente que todavía conmovía su alma.

Ahora lo recordaba.

Sentada al lado del calafate, Fiamma volvía a revivir los sucesos de aquella noche en que los tunecinos, aprovechando la ausencia de los hombres que podían defenderles, arrasaron la aldea.

¡Oh, sí, ella no olvidaría nunca lo que había sucedido aquella noche!

También en su casa entraron los corsarios. Uno de ellos había sorprendido tratando de ocultarse.

Presa de un indocible terror, al verse descubierta, intentó luchar.

Gritó pidiendo auxilio y debatióse furiosamente entre los brazos que la sujetaban; pero sus fuerzas eran pocas, y hubiera sucumbido si alguien no acudiera en su ayuda.

De pronto abrióse la puerta y en su marco apareció la figura juvenil, alta y recia, del jefe de los piratas.

Era un hombre de admirable arrogancia, con fuego en la mirada y enérgica decisión en los ademanes.

Ante el espectáculo de la muchacha que trataba de defenderse del que pretendía ultrajarla, el pirata extendió el brazo con una orden:

— ¡Dejad esa mujer!

El corsario se volvió sorprendido, como si no comprendiese.

— ¿Que la deje?...

— ¡Sí!

— Es mi presa.

Dos compañeros del corsario, que habían entrado con él en la casa de Fiamma, miraron también sorprendidos a su jefe.

No se explicaban aquella orden, tan fuera de los usos de sus correrías.

— ¡Dejad esa mujer! — insistió el inesperado defensor de Fiamma.

— ¿Es que la quieres para ti?... ¡Pues no te la doy!

Rápido como un rayo, el jefe amartilló

su pistola e hizo fuego sobre el insubordinado, que cayó muerto.

Luego abrió la puerta y señaló su salida a los otros dos corsarios, que obedecieron sin protestar.

Toda esta escena la presencié Fiamma, muda e inmóvil. Hasta ella llegaban los ruidos de los disparos y los gritos de los que luchaban en la calle.

¿Qué iba a suceder ahora?

El pirata se acercó a la joven y la miró en los ojos.

— ¿Cómo te llamas? — le preguntó.

— Fiamma — contestó ella con voz temblorosa.

Entonces él le acarició los cabellos y dijo:

— ¡Fiamma, eres muy bella!

Entonces estas palabras amorosamente. Y en seguida, abriendo la puerta, salió, perdiéndose en el tumulto de aquella noche llena de sangre y de fuego.

Ella lo vio marcharse; sus ojos le siguieron hasta que él desapareció, y una sonrisa inició en sus labios una promesa de amor.

¡Los corsarios!... Fiamma sabía quiénes eran. Ella estaba llena de su recuerdo. ¿Cómo

podría olvidar nunca lo que sucediera aquella noche, tres años atrás?

La voz del calígata despertó a la muchacha, deteniendo el curso de sus pensamientos.



¡Los corsarios! Fiamma sabía quiénes eran. Ella estaba llena de su recuerdo.

— ¿Qué quiere, padre?

— Fiamma, tú serás la que esta noche cuide de nuestra seguridad...

La joven se puso en pie súbitamente.

— ¿Yo?

— Sí, tú, hija mía... Y si ves algún navío sospechoso, prende fuego con esta antorcha y toca las campanas en señal de alarma...

— Así lo haré, padre.

— Ya sabes que nuestra seguridad depende de ti — concluyó el calafate.

Fiamma echóse un mantón por los hombros y salió, encaminándose a lo alto de un cerro, desde el que se divisaba, en una gran extensión, el horizonte marino.

Eran aquellos tiempos, para los pueblos cercanos a la costa, de incesantes peligros, y las mujeres necesitaban poseer un ánimo esforzado para realizar empresas como las que el calafate encomendaba a su hija.

La noche era clara, y Fiamma conocía bien el camino que tenía que seguir.

Cuando llegó a lo alto del cerro, amontonó un poco de leña y puso en el suelo la antorcha; y, arrebujándose en el mantón, miró hacia el mar, por donde podía venir el peligro que los amenazaba.

Los pescadores navegaban entonces por las aguas tranquilas del Mediterráneo, lejos de la aldea.

Paolo parecía ensimismado. Mientras bogaba, su pensamiento no se apartaba de su casa, recordando las noticias que aquella tarde trajera el mensajero.

— ¿En qué piensas? — preguntáronle.

— En que hoy no debíamos haber dejado nuestros hogares — contestó.

Nada repuso el que le había hecho la pregunta. Y en silencio los pescadores siguieron remando, impulsando las barcas mar adentro.

La noche sorprendió a Fiamma en una extraña inmovilidad.

Una lucha trágica librábase en su alma, ante la posibilidad de la aparición de los piratas.

Y era que su memoria conservaba íntegro el recuerdo de la escena en que el jefe de los corsarios la libró de ser ultrajada por uno de sus subordinados.

La gallarda conducta de aquel hombre, unida a su belleza varonil, habían impresionado vivamente a la humilde pescadora.

Y allí, a sus pies, estaba el mar ofreciéndole la esperanza de su retorno, que ella no sabía si desear o temer.

¡Verlo de nuevo! Oírle decir otra vez:

«Fiamma, qué bella eres!... ¡Oh, sí! Ella acariciaba este sueño, aunque procuraba ocultárselo a sí misma como un crimen.

Inclinó la cabeza y dejó de mirar al mar, olvidándose de su condición de vigía y de centinela del pueblo, cuya defensa le encomendara su padre.

Avanzaba la noche. El horizonte aparecía despejado. Hasta donde alcanzaba la vista sólo se divisaba la comba suave del Mediterráneo, que se unía, muy lejos, con la línea del cielo, confundiendo con él.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Fiamma continuaba alentando el recuerdo de sus sueños.

Las horas transcurrían sin que ella se fatigase de atisbar en su memoria, recreándose en dar vida a todos los pormenores de la escena inolvidable.

Y la joven no vió como asema en la lejanía la arrogante silueta de un navío, que se acercaba rápidamente, con la proa enfilada hacia el pueblo.

Escudados por la densa oscuridad de la noche, aproximábanse los corsarios, dispuestos al exterminio y al saqueo.

Fiamma no los vió llegar. Seguía pensando en él.

Después de poner a buen recaudo el navío en una ensenada, los corsarios embarcaron en botes, dirigiéndose a la costa y desembarcando cerca del cerro en que se hallaba Fiamma.

Alguien la vió y dió la voz de alarma:

— Hay un centinela vigilándonos. Es necesario que nos libremos de él.

El jefe de los piratas aceptó esta tarea, y aplastándose contra el suelo, con el puñal entre los dientes, arrastróse sin producir el menor ruido hasta llegar al sitio en que estaba la joven.

— Mientras yo me encargo de matar al guardián — había dicho a sus subordinados — vosotros desembarcaréis.

Y he aquí que, cuando ya se disponía a matar, Fiamma alzó el rostro, irguióse viendo delante de sí a aquél en quien pensaba y lanzó una exclamación de sorpresa.

Los dos se miraron un momento fijamente.

— ¿Me reconoces? — preguntó él.

— Sí... ¡Te recuerdo!

El corsario se aproximó a la muchacha,



— arrastróse sin producir el menor ruido, hasta llegar al sitio en que estaba la joven.

que retrocedió y cogió la antorcha para encender la hoguera que debía llevar el aviso de su resplandor a los pescadores.

— No temas— le dijo él dulcemente arrancándole la antorcha de las manos.— Vine solo, pensando en ti.

Fiamma intentó luchar contra la poderosa sugestión que aquel hombre ejercía sobre ella. Parecía indecisa y asustada. Hubiera querido correr para tocar la campana de alarma, previniendo a los suyos; pero una fuerza extraña reteníala cerca del corsario.

— ¿Por qué me miras con recelo?

Sonaba su voz de una manera tan acariciadora, que ella sentíase toda estremecida por una ansiedad que ponía en sus ojos una fiebre de amor.

— ¿Me tienes miedo?

Eran sus preguntas blandas y armoniosas, y Fiamma sonrió, sin acordarse ya del peligro a que se hallaba expuesto el pueblo, con todos sus sentidos entregados a la emoción de ver y oír al hombre que llenaba su alma.

El corsario enlazó con su brazo la cintura de la joven y murmuró a su oído:

— Desde aquel día de gloria — ¿te acuerdas? — mi pensamiento te ha acompañado siempre y mi corazón no dejó de pertenecerte un instante...

Fiamma tembló entre los brazos de él, que la seguía acariciando con su lenguaje oriental, sensual y pomposo como una fruta de estío.

— Tu imagen me ha perseguido siempre, y las estrellas, el cielo y el mar, me hacían evocar a todas horas la música de tu voz, la luz de tus ojos y el perfume de tu aliento...

Poco a poco, la pescadora fuese abandonando al sonido de aquellas palabras, que hacían surgir de lo hondo de su corazón el amor que hasta entonces había estado latente.

— Quisiera que fueras mía, para llevarte lejos... muy lejos... a mi país de fuego...

Ella tuvo miedo de su abandono y trató de rehacerse, substrayéndose al influjo de aquel hombre que la apasionaba y enloquecía.

— ¿Te obstinas en rechazarme, cuando tus ojos y tus labios están revelando lo que siente tu alma?... ¡Oh, Fiamma, bella Fiamma, yo te amo!

Y el acento con que él profirió este grito de pasión, acabó con la resistencia de la muchacha, que se encogió mimesamente, estrechándose contra el pecho del corsario, que la retuvo así mucho tiempo, y luego, echándole atrás la cabeza y aproximando los labios a su boca, murmuró:

— Entre los tuyos, no podrás nunca ser mi esposa... ¡Pero yo haré de ti mi mujer delante de Dios!

Y como un pobre ser sin voluntad, dócil y sumiso, la joven palpitó toda entera entre los brazos del corsario, aceptando aquel enlace a que él la invitaba.

— ¡Fiamma, qué bella eres! — volvió a decirle el corsario.

Y ella cerró los ojos, vencida por su amor.

Pensando en ella, él había venido solo. Fiamma no dudaba de estas palabras, creyéndolas con fe ciega.

Sin embargo...

Por las calles del pueblo, recatándose en las sombras, avanzaban los piratas.

El rumor de sus pasos llegó hasta una mujer que se disponía a acostar a su hijo. Presintiendo la verdad, aquella madre entrea-

bró una ventana y sus ojos descubrieron el espantoso peligro que la amenazaba.

— ¡Los corsarios! — dijo a media voz.

Pensó en seguida que nadie debía haberlos visto venir, puesto que no habían hecho la señal de alarma, y entonces, ella, revistiéndose de valor, cogió a su hijo, y deslizándose, pegada a las paredes de las casas, corrió hacia el fortín.

La pobre mujer marchaba cautelosamente, temiendo a cada paso ser descubierta, pero sin detenerse nunca. En el hueco de un portal tuvo que ocultarse durante unos segundos de angustia inenarrable, para que no la vieran los piratas, que pasaron a su lado sin advertir su presencia.

Poco después la valerosa madre llegaba al término de su ruta y con todas sus fuerzas hacía voltear la campana que debía llevar el alerta a sus vecinos.

Viéndose descubiertos, los corsarios comenzaron sus bárbaros crímenes y depredaciones, entrando en las casas, asesinando a las mujeres y a los viejos, degollando a los niños, incendiando todo lo que hallaban a su paso y apoderándose de los bienes de los pescadores.

Algunos corrieron hacia el lugar en que sonaba la campana difundiendo la alarma entre los vecinos, y fué horrible la lucha de la mujer con aquellos salvajes.

Mientras tanto en las calles y en las casas del pueblo proseguía la labor devastadora del saqueo y del crimen. Ya era un grupo de doncellas que luchaban por librarse del frenesí brutal de los corsarios, ya una madre que se defendía a sí misma y defendía a su hijo, o ya unos cuantos ancianos, quienes, parapetados con los suyos detrás de la puerta de su casa sobre la que habían amontonado toda clase de muebles, al caer rota aquélla al empuje de la horda de los piratas les hacían frente dando la muerte antes de recibirla.

Por todas partes se repetían estas terribles escenas. Al ruido de los disparos y al grito de las víctimas, uníase el estruendo de las casas que caían consumidas por el fuego.

La muerte pasaba una y otra vez por el mismo sitio. Los defensores del lugar, ancianos y mujeres, hacían heroicos esfuerzos resistiendo las brutales embestidas de los

corsarios, quienes, después de asolar las casas, salían de ellas cargados de botín.

Pronto, si no se acudía en auxilio de los defensores, la aldea convertiríase en una enorme pira que borraría hasta los cimientos de las viviendas de los pescadores.

Las llamas elevábanse a los cielos trazando sus signos trágicos y las interrogantes de sus espirales de humo, tal que una pregunta cuya horrenda respuesta darían los escombros carbonizados y los sangrientos despojos de los muertos.

Una hora después del asalto de los corsarios, Fiamma despertó de su sueño de amor y hallóse sola en el cerro. Conservaba aun en sus labios la huella del último beso que él le diera, antes de dejarla, y en medio del estupor de su felicidad, oyó de pronto un confuso rumor. Alzóse rápidamente y distinguió los rojos resplandores del incendio.

— ¡Oh, Dios mío, me ha engañado! — exclamó.

Herida de súbito por el remordimiento de su culpa, acercó la antorcha al montón de leña y le prendió fuego. Y miró hacia el

mar, enviando a los pescadores una súplica fervorosa.

Paolo fué el primero en advertir la señal.

— ¡Pronto, los corsarios están en el pueblo!

De una barca a otra corrió el grito transmitiendo la noticia temida, y al poco todas las barcas ponían la proa hacia la costa y los hombres remaban con furia.

Encendida la hoguera Fiamma abandonó el cerro, dirigiéndose a su casa, donde el calafate acababa de caer con la frente abierta de un culatazo.

Ante las escenas que le salieron al encuentro, ella sintió entonces que el amor huía... para dar sitio a un poderoso deseo de venganza.

— ¡Era, pues, verdad que él le había mentado al decirle que viniera solo?... ¡Y ella dejárase amar por aquel hombre!

La muchacha retorcióse las manos desesperadamente, y en su corazón de meridional nació el odio, un odio frenético, un odio tan grande como grande había sido su amor.

Un grito de júbilo salió de su garganta al oír las voces de los pescadores, que acababan de llegar, entrando como una avalancha

en el pueblo y poniendo a los corsarios en precipitada fuga.

Nunca las fuerzas hercúlicas de Paolo empleáronse mejor que en aquella ocasión. Sus brazos alzaban en alto a los corsarios, como si fueran muñecos, arrojándolos luego contra las piedras de las calles.

La desbandada de los piratas fué en aumento, hasta el extremo de que Paolo no encontró ninguno sobre el que dejar caer su cólera.

De pronto algunos de sus compañeros gritaron:

— ¡Los corsarios han huido! ¡Pero su jefe quedó en nuestro poder!

Fiamma lo oyó y aproximóse al grupo, que rodeaba al hombre a quien ella se entregara llena de fe en sus promesas. Lo habían amarrado con cuerdas embreadas y mofábanse de él, golpeándole y abramándole de injurias.

Ella fijó en él sus ojos negros, que la cólera desorbitaba, y le escupió:

— ¡Maldito, mil veces maldito seas!

El corsario sintió que su energía le abandonaba al verse insultado por la mujer a quien seguía amando.

Los puños de los hombres amenazaban su rostro; mas él no se inquietaba por este peligro. Sus ojos miraban a Fiamma que, uniendo su voz a las de sus vecinos, gritaba:

— ¡Que muera!

Y casi vaciló, como si le hubieran dado un mazazo, al oírle decir:

— ¡Sí, matadle!... ¡No le tengáis compasión!

Las iras de los pescadores concentradas contra el corsario, decidieron condenarle a morir en una hoguera, que dispusieron al efecto.

Sin preocuparse por el fin que le esperaba, el corsario sólo tenía sentidos para ver y oír a Fiamma, a la bella Fiamma, quien, desmeleada y frenética como una furia, pedía la muerte para él y asesinaba su alma con sus palabras.

¡Oh, él la había engañado y debía morir!

Y entre el coro de imprecaciones, alzabase la voz de la hermana de Paolo repitiendo su maldición:

— ¡Maldito, mil veces maldito seas!

Al corsario ya no le importaba vivir, ya no quería la vida, y deseaba y esperaba que se ejecutase la sentencia que pesaba sobre él.

— ¡Que muera! — aullaba la muchedumbre.

Eran las madres que habían visto asesinar a sus hijos, y las doncellas ultrajadas, y los ancianos que fueron espectadores de las crueldades de los piratas, quienes se enardecían pidiendo venganza. Y entre todos ellos, destacábase Fiamma, encendida y terrible como una deidad implacable, con sus miradas fijas en el corsario y la boca rota por su maldición, que repetía como un estribillo.

Erguida y siniestra, flameándole los ojos, con el alma envenenada por el odio y el corazón sangrante, ella vociferaba arañándose la garganta:

— ¡Matadle! ¡Matadle!

Impotente para hacer el más ligero movimiento, el corsario dejase arrastrar por la multitud enfurecida, con la cabeza vuelta siempre hacia Fiamma, quizá con la esperanza de ver un destello de amor en sus ojos.

Dispuesta la hoguera, él vió acercarse sus últimos momentos sin que, ni por un instante, sintiese el deseo de librarse de la muerte. Pero desgarrábasele el corazón oyendo a

la mujer con la que se desposara horas antes en unas nupcias que apadrinara la muerte, y hubiera querido aplacar su odio diciéndole una vez más:

— ¡Fiamma, bella Fiamma, yo te amo! ¿Por qué me odias tú?

No se daba cuenta de la traición que ella descubriera en sus palabras, cuando, después de decirle él que venia solo, advirtió la presencia de los corsarios en la aldea. Había sido su mentira un ardid de amante. Era verdad que él viniera nada más que por verla, y para conseguirlo tuvo que consentir a sus hombres que asaltasen el pueblo.

Ahora, todo se había acabado. Sólo le restaba afrontar la muerte con su serenidad de hombre que nada teme, y cuyo valor nadie vió flaquear nunca.

Abriéndose paso por entre los pescadores, apareció inesperadamente el calafate.

Manchas de sangre había en su rostro. El viejo lobo de mar sentía aún el dolor de su herida en la frente. Mas esto no importaba para que él cumpliera con su deber de anciano consejero, rico en experiencia y lleno de la sabiduría que dan los años.

— ¡Desligad ese hombre! — ordenó mirando a los que rodeaban el corsario.

El asombro acalló todas las voces, y aprovechando la pausa de este silencio, el calafate añadió:

— No somos nosotros los llamados a juzgarle.

— ¡Pero si es un asesino! — exclamó Paolo.

— A pesar de eso... Dejemos que obre la justicia siguiendo los caminos de la ley. ¡Llevedlo al fortín!

Recelando el fracaso de su venganza, Fiamma pretendió oponerse a los designios del viejo.

— ¡Padre, consiente que le juzguemos! dijo.

Otras voces se alzaron haciendo coro a la suya:

— ¡Es un criminal y debe morir!

— ¡Que muera! ¡Que muera!

— ¡Padre, déjanos a nosotros hacer justicia!

El corsario oía a Fiamma y deseaba que la muerte viniese pronto a poner fin a su horrible tortura de ver cómo ella pedía su sacrificio.

Más imperiosa que antes, la multitud aulló:

— ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Y de nuevo habló el calafate:

— ¡Soy el más viejo y tenéis que obedecerme!

Su voz tenía una solemne gravedad, que impresionaba a los que la escuchaban.

Pero allí estaba su hija para enardecer el deseo de venganza.

— ¡Vino para robar y asesinar!... ¡Justo es, pues, que muera!

En aquellas horas de la noche, iluminadas por los fulgores del incendio, el pueblo agrupado en la plaza húmeda con la sangre de las víctimas de los corsarios, ostentaba un siniestro sentido al pedir la vida de un hombre que merecía la muerte por sus crímenes.

Y entonces el calafate dijo las palabras últimas, las palabras que debían definir aquella situación, restableciendo los principios de la justicia, cuyas sendas trataba de borrar la cólera.

— ¡Morirá si es que por sus crímenes lo merezca!... Pero ninguno de nosotros ha de castigarle ahora... Nuestro pueblo ha sido

siempre lugar de hombres justos y nosotros no somos asesinos...

Alzó el brazo y, señalando al corsario, añadió:

— ¡Conducidlo al fortín!

El corsario miró al viejo calafate para descubrir en su rostro las líneas nobles que debían corresponder, de acuerdo con la grandeza de su alma, a sus facciones.

El había oído que Piamma le llamaba padre. Y entonces sintió cómo su espíritu se llenaba de sombras porque la hija, la mujer a quien él amaba por encima de su vida, seguía asaeteándole con ojos de rabia y la maldición de siempre temblándole en los labios.

Nada dijo cuando le empujaron camino del fortín. Ninguna palabra de agradecimiento endulzó su boca, pues lamentaba que la muerte le hubiera rechazado. Y dejando a sus espaldas el odio de Piamma, arrastró la vida, que le pesaba, hacia la prisión donde debía esperar el fallo de la justicia...

...Y sentía cómo el odio de ella seguía sus pasos, como una amenaza que angustiaría sus horas de soledad en el fortín.

En lo alto de una escollera, a poca distancia del pueblo, alzabase el fortín, edificio de dos cuerpos coronado por una pequeña torre en la que se hallaba prisionero el corsario. En la planta baja tenía su vivienda el guardián, el cual guardaba las llaves de la torre.

Un camino estrecho, pedregoso y en cuesta, conducía del fortín a la aldea. Casi nadie transitaba nunca por él, a no ser el guardián, que todos los días bajaba para hablar con sus amigos, los viejos que ya no salían al mar.

Había transecurrido un mes desde la prisión del jefe de los piratas; un mes hacía que se instruíra su proceso, y en todo ese

tiempo el corsario no viera más rostro humano que el del guardián ni sus oídos percibieran otro rumor que el de los golpes del mar contra las rocas de la escollera.

Solo en su prisión — una estancia de no más de cinco metros en cuadro y con una ventana defendida con fuertes barras de hierro, que miraba al Mediterráneo — el corsario consumía sus horas, esperando el término de su proceso, dando vueltas en la celda como una fiera enjaulada y soñando, echado en su camastro, con la bella Fiamma, la mujer que le había amado y ahora le odiaba.

No había vuelto a tener noticias de ella. ¿Seguiría odiándole? El presentía que sí. Las pasiones de aquella mujer debían ser terribles, y lo mismo en el amor que en el odio, debía poner entero todo su corazón.

El evocaba la dulzura de su voz, el fuego de sus miradas y la fiebre de sus besos cuando accedió a ser su esposa. Ella había temblado entre sus brazos como una paloma asustada. ¡Oh, cómo le quería entonces!...

Herido por estos recuerdos, evocó a la otra Fiamma, a la mujer que en la plaza

del pueblo, una hora después de darle su amor, había gritado, trágica y desmelena-da, pidiendo su muerte y maldiciéndolo...

Y no quiso recordar más, echándose en el miserable lecho de su prisión y cerrando el pensamiento a las ideas, para librarse del tormento de aquellas escenas que su memoria le hacía revivir.

Como un enorme disco de fuego arrojado por el brazo de un atleta, el sol se hundía en el mar, cuyo calor de un verde azulado tornábase en un azul indigo recamado de plata por las pequeñas olas.

El corsario ya no tenía ojos para este espectáculo. Llevaba treinta días presenciándolo, y conocía todos los secretos del crepusculo y de la noche.

Cuando ésta hizo más espesas sus sombras, a cien brazas del fortín surgió la cabeza de un hombre que nadaba hacia la escollera.

Y poco después, el atezado rostro de un pirata asomábase, con el cuchillo entre los dientes, a la ventana de la prisión.

Al verlo, el corazón adivinó en seguida el mensaje que le iban a dar.

— Te traigo la libertad—le dijo el pirata.

— Creí que me habíais olvidado.

— Mañana, a media noche, atravesaremos estas aguas para recogerte... Toma esta línea.

Una expresión de inaudita alegría reflejóse en el rostro del prisionero. La esperanza de su próxima liberación animó sus miradas, en las que volvió a lucir el fuego de los días en que, capitaneando sus hombres, lanzábase al abordaje de los barcos o asuflaba los pueblos de la costa italiana.

Pero el recuerdo de Fiamma no le abandonaba, y otra vez la tristeza se apoderó de él.

El pirata sosteníase cogido a los hierros de la reja, esperando que su jefe respondiera aceptando el plan de fuga que venía a proponerle. Advirtió el cambio que acababa de operarse en su rostro, y dijo:

— ¿Qué te pasa? ¿No te alegra la idea de recobrar tu libertad?

— Esperadme mañana — contestó el corsario.

El roce del cuerpo de un hombre, arrastrándose por la escollera, fué apagándose poco a poco. El corsario oyó aún el ruido

que hizo al arrojarle al agua, y nada más.

Solo volvió a quedarse. Y de nuevo pensó en ella.

¿No la vería antes de partir?



En el pueblo, la vida seguía lo mismo que antes de la venida de los corsarios. El transcurso de un mes fuera bastante para hacerles olvidar el recuerdo de la noche del asalto. Pero había una mujer que pensaba en ellos constantemente y que no olvidaba ni un instante que, en el fortín, el jefe de los piratas esperaba la pena que la justicia debía imponerle por sus crímenes.

Esta mujer era Fiamma.

La hija del calafate conservaba toda la arrogancia de su odio, y el pensamiento del amor que le había tenido y de la traición que sufrió precisamente en la hora en que su amor llevola a caer en sus brazos, exacerbaba su ira, haciendo que la sangre le quemase en las venas con el deseo de venganza.

Violenta y pasional, para ella la vida ahora no era más que una ascensión, por el camino del rencor, hacia el calvario en que el jefe de los piratas debía sufrir el suplicio de la muerte.

Este castigo antojábasele pequeño comparado con su traición y hubiera querido ser ella misma la encargada de ejecutar la sentencia para prolongar su martirio con toda clase de torturas.

Cuando oía hablar de él, su magnífica belleza adquiría una espantosa expresión de ferocidad, y era su voz la que sonaba más iracunda entre los que pedían la pronta ejecución del prisionero.

Al día siguiente de la noche en que el corsario recibió el anuncio de su libertad, hallábase con su padre y la mujer de Paolo trabajando en su casa. Hacía Fiamma su tarea en una máquina rudimentaria, especie de mesa movida por un pedal, mientras el calafate embreaba unas jarcias y María trajo en las faenas domésticas.

Era de mañana. Las dos mujeres y el viejo, los tres en silencio, dedicábanse a su trabajo, apenas interrumpido de cuando en

cundo por algún comentario acerca de la vida del pueblo.

¡Y cómo resaltaba la belleza de la pescadora en aquel humilde hogar! ¡Oh, sí, era muy bella!

La piel lechosa, los ojos grandes y de pupilas hondas y tan negros y brillantes que debían fulgir en la obscuridad; la frente clara y la cabellera como la endrina. Era alta y bien formada, corrida y estrecha de caderas, flexible y graciosa la cintura, alto el pecho y sus brazos cárneos, si se alzaban, semejaban una guirnalda.

Inclinada sobre el trabajo, su respiración entrecubría sus labios encendidos como el fruto del granado, descubriendo las hilceras de sus dientes fuertes y blancos como almendras mondadas.

Alzó la cabeza oyendo el ruido de la puerta de la calle al abrirse.

Entró Paolo y, mirando a su padre y a las mujeres, dijo:

— El navío corsario apareció esta noche.

Los ojos de Fiamma chispearon como el pedernal cuando lo golpea el acero.

— ¿Quién lo ha visto? — preguntó disimulando su inquietud el calafate.

— El vigia que ayer hizo centinela.



— ¿Quién lo ha visto? — preguntó disimulando su inquietud el calafate.

— ¡Ah, perros! — exclamó Fiamma.

— Seguramente — añadió Paolo — espían el momento oportuno para libertar al prisionero.

El calafate cardóse las barbas con los dedos, meditando.

— Mala cosa — dijo.

— Y lo peor — expuso temerosamente Maria — es que pueden volver a asaltar el pueblo como la otra vez.

Paolo paseóse, con los brazos a la espalda. También él temía, como su mujer, que los piratas aprovecharan de nuevo la ausencia de los pescadores, para vengarse de su pasada derrota y llevarse al corsario.

Detúvose delante de su padre y habló:

— Es un peligro que tengamos ese hombre en el fortín.

Fiamma, mordiéndose las palabras, con todo su odio reflejado en los ojos, aseguró:

— ¡Tienes razón, Paolo!... Lo más seguro sería matarle... ¡Aplastarle la cabeza como si fuera un reptil!

El calafate volvióse a su hija:

— ¿Por qué le odias tanto?

— Porque... porque...

Todo el pasado cruzó en unos segundos por el pensamiento de la mujer: el recuerdo de su amor en la noche maldita, cuando ella, en vez de dar la señal de alarma al ver al

corsario, entregóse a él creyendo en la sinceridad de sus promesas; y luego, la visión horrenda del pueblo incendiado y de los muertos a manos de los hombres de aquel con quien se uniera en unos desposorios que había apadrinado la muerte...

— ¿Por qué le odias? — preguntó.

— Si ¿por qué le odias de esa manera?

Ella contó todo el caudal de las injurias que acudían a sus labios recelando descubrir su secreto, y dijo:

— ¡Es un asesino y un traidor!

— Pues ya le castigarán.

Paolo apoyó una mano en el hombro del calafate:

— Padre, hace un mes que está en el fortín.

— ¡Un mes, padre! — exclamó Fiamma.

— ¡Un mes y aun vive!

Y al decir esto, parecía como si la existencia del corsario fuera un manantial de oscuros males que ella conocía y a los que deseaba poner término.

— ¡Ese hombre debe morir! ¡Hay que matarlo, padre!

Fiamma necesitaba esta muerte para pu-

rificarse de su amor. Era su pesadilla, como si hubiera echado sobre sus hombros todo el peso de la venganza de su pueblo saqueado por los piratas.

Nada repuso su padre a sus últimas palabras. Paolo callaba también y María iba de un lado a otro rumoreando:

— ¡Jesús, Jesús!

Entonces, súbitamente, prendió en el alma de Fiamma una idea brutal.

— ¿Y si yo lo matase? — se preguntó.

Y sus manos se cerraron sobre un puñal imaginario. Sí, debían ser sus manos, que se habían entrelazado alrededor del cuello del corsario, las que vertieran su sangre. Este acto sería como una expiación de su amor, y ella quedaría limpia de su crimen al unirse al hombre culpable de todos los horrores cometidos por los piratas.

Echóse un mantón sobre los hombros, ocultó en su seno un puñal y salió de su casa.

Sin vacilar, tomó el camino del fortín. Sus pasos eran rápidos y seguros, firmes y enérgicos como la decisión que había tomado de ser el verdugo del prisionero y la vengadora de los suyos.

Al llegar al fortín, llamó a la puerta de la vivienda del guardián. La presencia de la hija del cadafate fué para el viejo una alegre sorpresa, y se apresuró a abrirla.

— ¡Oh, Fiamma! ¿Tú aquí?

La joven entró apresuradamente.

— Y ¿el corsario?

— Arriba, en su celda... ¿Dónde iba a estar?... Pero espera, siéntate un poco y bebe un vaso de vino.

Ella rechazó el ofrecimiento, y miró al guardián fijamente, pensando: «¿Y si fuera éste quien lo matase?»

Sacó el puñal y lo puso en las manos del asombrado viejo.

— Sube y mata al prisionero — le dijo.

El guardián abrió los ojos desmesuradamente y retrocedió asustado, resistiéndose a comprender lo que había oído.

— ¿No quieres?

— ¡Matarlo yo!...

El flaco ánimo del pobre viejo se encogió más aún de lo que lo estaba.

— ¿No crees tú que merece la muerte?

— Pero yo nunca he matado a nadie... Yo no...

Le faltaba la voz.

—¿Acaso no le odias?... ¿Olvidaste ya que su gente saqueó también la casa de tus hijos?



—¿Acaso no le odias?... ¿Olvidaste ya que su gente saqueó también la casa de tus hijos?

Ruda y brutalmente, la hermana de Paolo castigaba al infeliz con su cólera. Y como un niño, el viejo trataba de disculparse, balbuciendo:

— Yo no he matado nunca a nadie...

Ella dióse cuenta de que aquel hombre no la ayudaría, y, cogiendo las llaves de la torre, que estaban encima de una mesa, dijo:

—Pues entonces seré yo la que lo mate.

Quiso oponerse el guardián a sus propósitos, impidiéndole salir, pero Fiamma era fuerte y arrojólo de un empujón lejos de sí, abriendo la puerta y cerrándola a sus espaldas.

El viejo abalanzóse a la puerta cuando ella ya había corrido el cerrojo.

— ¡Fiamma! ¡Fiamma! — gimió. — Vuélvete atrás. No te manches con la sangre del prisionero. ¡Vuelve, Fiamma!

Rápidamente, la hija del calafate subió las escaleras que conducían a la torre. El eco de los lamentos del guardián llegaba a sus oídos como una queja lejana, y tan débil, que en nada podía cambiar su voluntad.

Y el corsario lanzó un grito de asombro y de júbilo al verla aparecer. Y sus brazos se tendieron hacia la joven amorosamente.

— ¿Tú, Fiamma? ¿Eres tú?

Ella permanecía inmóvil cerca de la puerta. Su mirada cargada de odio se cruzó con la

del prisionero, que la seguía contemplando con los labios temblorosos llenos de palabras cariñosas.

De pronto alzó su brazo armado, pero antes de que descargase el golpe homicida, él lo sujetó y dijo sollozando:

— ¡Qué mala eres!

Cayó al suelo el puñal.

La mujer fijó sus ojos en el hombre, triste y vencido por la pesadumbre.

— ¡Qué mala eres! — volvió a decir.

— ¿Por qué?

El corsario preguntó a su vez:

— ¿Por qué me odias así?

— ¿No lo sabes?

— No... Yo te di el amor y tú quieres darme la muerte.

Una congoja inmensa palpitaba en las palabras del prisionero. Fiamma adivinó las lágrimas que lloraba el alma de aquel hombre. Sin embargo, se mantuvo frente a él en su actitud de vengadora.

No quiso hablar.

La voz del prisionero sonó trémulamente:

— ¡Yo te amo, Fiamma!... ¡Yo te amo, y no comprendo la vida sin tu amor!



— ¡Yo te amo, Fiamma!... ¡Yo te amo, y no comprendo la vida sin tu amor!

Avanzó un paso hasta ella y añadió:

— ¡Y tú no puedes... no debes odiarme!

La joven permaneció impasible, sin inmutarse por las quejas de él, que le tendía sus brazos, que le ofrecía su cariño sin límites, lleno del recuerdo de sus bodas.

Envuelta en su mantón, erguida y altiva, ella lo miraba rencorosamente. La mentira de él había secado las fuentes de piedad de su alma.

— Escuchame, Fiamma — añadió él —; para esta noche tengo preparada mi fuga...

La mujer estremecióse de arriba abajo.

— Te esperaré oculto en la gruta de los Gnomos — prosiguió el corsario. Si me amas, ven sola... Pero si sigues odiándome... trae entonces el arma que me quitó la vida...

No quiso oír más, y antes de que él pudiera preverlo, la joven salió, sin que de sus labios hubiese salido una palabra de esperanza para el prisionero.

— ¡Fiamma! — gritó él.

Mas ella ya no le oía. Y el hombre, persuadido de que el odio no dejaba lugar en el corazón de la joven al antiguo amor, arras-

tróse hasta la puerta con la boca llena del salobre sabor de las lágrimas.

A la mitad del camino de su casa, la hija del calafate se detuvo. No sabía qué hacer. Sentóse un momento para fijar sus ideas, y sus ojos se volvieron para mirar el fortín.

Pensó: «El quiere fugarse y yo debo impedirlo. Avisaré a Paolo.»

Bajo el corpiño que le cubría el busto, sintió palpar su corazón.

— El me ama; pero yo le odio — siguió pensando.

Algo como el resplandor de un delicioso recuerdo la turbó, y volvióse a autocionar como en la noche en que él le dijo:

— Tu imagen me ha perseguido siempre, y las estrellas, el cielo y el mar, me hacían evocar la música de tu voz, la luz de tus ojos y el perfume de tu aliento... Entre los tuyos no podrás ser mía nunca... Pero yo haré de ti mi mujer delante de Dios...

Y fueron estas palabras las que le hicieron sucumbir.

Oíase el rumor solenne del mar batiendo contra las escolleras. Llegaban las olas y se

rompían en las rocas deshaciendo su encaje de espumas.

Fiamma miraba al mar, con el alma desprendida. Ya no pensaba. Lentamente la emoción iba ganándola, y volvía a ver al corsario tendiéndole sus brazos y sollozando:

— ¡Yo te amo!

Inmóvil, sola frente a las aguas azules, ella luchaba con las últimas impresiones que recibiera momentos antes, en la celda del corsario.

¡Qué lejos estaba el día en que él la libró de ser ultrajada por los piratas!

Nunca, como entonces, estuviera tan arrogante. Recordaba su bravo gesto al defenderla y el ademán con que acarició sus cabellos, diciendo:

— ¡Qué bella eres!

Desde aquel día, pensó en él, deseando verle de nuevo, amándole sin esperanza.

Y transcurrieron tres años antes de que el corsario tornara a aparecersele para engañarla con una espantosa traición en la hora de sus esponsales.

Este recuerdo la sacudió como una des-

carga eléctrica. Otra vez el odio segregó su ponzoña en su corazón.

¡Debe morir! — dijo levantándose.

Y apresuró el paso, dirigiéndose a su casa.

¿Le odiaba aún? ¿Era odio precisamente lo que sentía por él? No lograba comprender como este sentimiento podía fundirse con las emociones amorosas que el recuerdo despertaba en ella.

Mas fuese lo que fuese, ahora sólo pensaba en su venganza, impidiendo que él se salvase y recobrara su libertad.

Quizá después de muerto, le llorase. ¡Quién sabe!

Mujer de pasiones violentas, Fiamma no era capaz de razonar durante mucho tiempo, y al entrar en su casa, impulsada por sus últimas ideas, descubrió el proyecto del prisionero.

— ¡El corsario quiere fugarse!

Aquella noticia se relacionaba muy bien con la otra que trajera Paolo acerca de la proximidad del navío pirata.

— ¿Cómo lo sabes? — preguntó el pescador.

— Vengo del fortín.

A espíritus menos sencillos que los de esta gente de mar, hubiérais sorprendido la visita de Fiamma al fortín, pero ellos no hicieron caso ni pararon mientes en esto,



— ¡Oh, Fiamma! Mucho desearé su muerte,

atentos sólo al sentido de las palabras de la joven.

— ¿Cómo haremos para impedir que se fugue? — interrogó Paolo a su hermana.

— No se trata de eso.

— Entonces ¿de qué?

Ella ya había forjado su plan y, llevando aparte a Paolo, se le comunicó:

— Yo sé que él pasará por la gruta de los Gnomos. No salgáis, pues, al mar esta noche... Vendréis conmigo y podréis vengaros.

El calafate exclamó:

— ¡Ah, Fiamma! Mucho desearé su muerte.

— ¿Y luego mal?

— Me parece que sí... Además, esa no es cosa de mujeres.

Pero la hija no hizo caso de las prudentes palabras del anciano. En aquel momento, no podía comprenderlas.

IV

Al atardecer de aquel día, hallándose Fiamma a la puerta de su casa tendiendo unas ropas en una cuerda, sintió como un desvanecimiento, una sensación de vértigo que la hizo vacilar y empalidecer.

María, su cuñada, le preguntó:

— ¿Qué tienes? ¿Estás enferma?

— No sé lo que me pasa... Es la segunda vez que me sucede...

— Pues no trabajes; yo pondré a secar la ropa.

Flaqueándole las fuerzas, la hija del calafate sentóse en las escaleras de su casa. Notábase débil y un sudor frío le helaba las sienes... Pasóse las manos por la frente.

— ¡Dios mío! — exclamó. — ¡Si fuera verdad lo que temo!...

Era la segunda vez que esto le sucedía, y una dolorosa preocupación la embargó. Días atrás había sufrido otro desvanecimiento, y éste de ahora venía a dar alientos a sus sospechas, confirmando sus inquietudes.

Aquel anuncio de una maternidad, que en otras circunstancias la hubiera alborozado, hoy llenaba de luto su alma.

Pasadas unas horas, ella debía guiar a su hermano a la gruta de los Gnomos, para que diese muerte al hombre que, andando el tiempo, sería el padre del hijo que latía en sus entrañas.

Fiamma mordióse las manos en su desesperación. Una duda surgió en su espíritu. ¿Traicionaria ella al corsario?

Quiso rehuir este pensamiento, que la atenacaba lastimándola y llenando de sombras su pobre corazón, en que el odio hacia el prisionero, comenzaba a desvanecerse.

Ella no podía ser la que guiase a su hermano a la cueva de los Gnomos. Mas ¿cómo evitarlo?

A pocos pasos de la casa, su cuñada tendía las ropas sin que nada la angustiase. Ella amaba a su marido y era amada por él.

Su vida deslizábase tranquilamente. Ninguna inquietud sobresaltaba su ánimo.

— ¿Te encuentras mejor?

Fiamma miró a Maria y contestó:

— Sí... parece que me encuentro mejor. Mentía, sin embargo.

— ¿Quieres tomar algo?

— No, no tengo ganas.

Sentía la boca pastosa y amarga. Cogióse la cabeza y se sumió en el abismo de sus temores.

Renqueando, llegó al lado de la joven una vieja astrosa, con cara de bruja. Apoyábase en un báculo y llevaba al costado un zurrón en el que recogía las limosnas.

— Una caridad para la pobre — dijo tendiendo la mano.

Fiamma, sin levantar la cabeza, contestó:

— Dios la ampare.

La vieja insistió:

— Deme una limosna... cualquier cosa...

En seguida, sacando del zurrón una haraja, ofreció:

— ¿Quieres conocer tu porvenir, hermosa?

Fiamma contempló a la pobre, dudando.

¡Oh, sí, ella quisiera conocer su porvenir!

Nada la preocupaba tanto como esto. El misterio de los días venideros veíalo lleno de peligros que la amenazaban, sin que supiera cómo podría evitarlos.

La vieja comprendió con su perspicacia el estado de ánimo de la joven, acaso adivinó la verdad advirtiéndole la palidez de su rostro, y como Fiamma callase, extendió en uno de los peldaños las cartas.

Una curiosidad irresistible obligó a la hija del cadafate a fijarse en las figuras de las cartas, por las que pasaron los dedos de la vieja, mientras decía:

Veo un amor extraño que llena toda tu vida...

El descubrimiento de esta verdad aumentó la atención de la joven, que quedó pendiente de los labios de la pobre, la cual, señalando otra carta, prosiguió:

— Aquí veo una traición...

— ¿Y no ves la muerte también? — preguntó ansiosamente Fiamma.

La adivinadora guardó silencio, y de pronto, fijando los ojos en la muchacha, dijo:

— ¡Al contrario!... ¡Veo la vida!

Lo que ella sentía en sus entrañas, la

pobre acababa de adivinarlo. ¡Era, pues, verdad!

— ¿Quieres darme ahora una limosna, hermosa?

Fiamma entró en la casa y volvió con una libra de pan, que puso en las manos de la anciana.

— ¡Que Dios bendiga a tu hijo! — le dijo la vieja cogiendo el pan y guardandoselo en el zurrón.

La hermana de Paolo la vió marchar, corrió de nuevo a ella antes de perderla de vista y le preguntó:

— ¿Estás segura de lo que me has dicho? ¿Cómo lo has adivinado?

— Por las cartas, y por tu cara pálida, y por el mirar apenado de tus ojos.

La pobre miró compasivamente a la muchacha y, antes de marcharse, volvió a decirle:

— ¡Que Dios proteja a tu hijo!

Y la adivinadora se alejó, dejando a Fiamma aplastada por la pesadumbre.

Regresó a su casa lentamente. Allí estaban el calafate y María. Pronto llegaría Paolo. Y entonces...

No, no quería pensar que ella iba a ser la que traicionase al padre de su hijo, preparándole una emboscada en la que perdería la vida.

Pero aunque no quisiera pensarlo, una y otra vez volvía este pensamiento a llenar de luto su alma.

Miró a su padre y a su cuñada. Ninguno de los dos presentían lo que ella estaba sufriendo. Y le aterrorizó la idea de que pudieran saber la verdad.

Escondió el rostro en sus manos y encerróse en sí misma, pensando, pensando siempre en lo que iba a suceder...

— Si Paolo se olvidase — se dijo.

Pero esto no era posible.

El viejo calafate observó la actitud de su hija y dijo:

— María me ha dicho que esta tarde te sentiste mal... ¿Qué tienes?

Fiamma puso los ojos en el viejo intensamente turbada.

— Nada, padre... Ya estoy bien...

El silencio volvió a hacerse en la estancia. Fiamma pensó:

«Si el corsario se fugase sin ir a la cueva!..»

Desechó esta esperanza. Ella conocía ahora, mejor que nunca, todo el amor que él le profesaba, y estaba segura de que no huiría sin tratar de verla antes. El no faltaría a la cita.

En la piedra del lar, las llamas crepitaban ondeando como banderas rojas.

De cuando en cuando, María levantábase para alimentar el fuego echándole unas cuantas ramas secas.

Los ojos de Fiamma, fijos en el hogar, seguían con atención enfermiza los cambios del fuego, sus bruscos estallidos, las transformaciones de sus llamas que, lamiendo las cazuelas, se prolongaban largas y afiladas como espadas, rojas en los bordes, azules después y blancas en el centro... Ella, como el fuego, consumíase también, esperando lo que no quería que llegase y que, fatalmente, debía llegar.

De nuevo habló el padre:

— Parece que tarda Paolo.

— Es cierto, ya podía estar aquí — dijo María.

— ¿Tú sabes adónde fue?

— Tenía que ponerse de acuerdo con los

amigos que han de acompañarle esta noche a la cueva de los Gnomos.

— ¡Mal negocio es ese!... Entonces ¿no piensa salir al mar?



Ella, como el fuego, consumíase también, esperando...

— Hoy, no.

El viejo dirigióse a su hija:

— Fiamma, tuya es la culpa. Hubiera bastado con que me avisases a mí que el corsario quería fugarse.

La muchacha no contestó. No podía. En su garganta pugnaban los sollozos, y tenía que hacer inauditos esfuerzos para contenerlos.

Y otra vez reinó el silencio.

Fiamma volvió a fijar sus ojos en las llamas.

Sonó el chasquido de la madera de una mesa.

La muchacha sobresaltóse. Todos los ruidos despertaban ahora su miedo.

El calafate entreteníase poniendo anuelos en un cordel. Enganchábalos a puros y los alzaba en alto, cuidando de la simetría en su colocación.

Paolo ya no podía tardar.

Se acercaba la hora de ir a la cueva de los Gnomos.

En medio del silencio que la rodeaba, Fiamma aguzaba los sentidos creyendo, a cada instante, oír pasos que venían de la calle.

Súbitamente abrióse la puerta.

— ¡Cuánto has tardado! — exclamó María dirigiéndose a su marido.

El pescador se aproximó a su hermana y le dijo:

— ¿Vamos?

La muchacha ahogó un grito.

— ¿Tan pronto?

— Ya es hora... Fuera me esperan dos compañeros.

Sobreponiéndose a su terror, y aparentando una serenidad de que carecía en absoluto, la joven subió a su alcoba para coger el mantón.

Estaba transida, aunque la temperatura era apacible. Pero ella llevaba dentro de sí todo el frío de su angustia.

Después de ponerse el mantón, se detuvo, sin decidirse a salir.

¿Qué es lo que iba a hacer?

Apareció su hermano.

— ¿No hajas?

— Ahora voy — dijo con voz temblorosa.

— ¿Tienes miedo?

Ella no contestó y siguió a Paolo.

Los dos amigos del pescador se reunieron con ellos y los cuatro juntos emprendieron el camino hacia la cueva de los Gnomos.

La noche era de una placidez meridional. El cielo claro proyectaba la luz de sus

estrellas sobre la tierra. Los tres hombres y Fiamma marchaban silenciosos, unidos por el hilo invisible de sus pensamientos.

Ella casi no se daba cuenta de lo que



Los dos amigos del pescador se reunieron con ellos...

sucedía. Caminaba como una automática, y pensaba:

«¡Van a matar al padre de mi hijo!»

Una distancia de dos kilómetros separaba el pueblo de la cueva, pero ellos tar-

daron poco en recorrer este trayecto.

El sitio que había elegido el Corsario para entrevistarse con Fiamma, hallábase a orillas del mar. Era un lugar abrupto. Las rocas escarpadas hundíanse en el agua, formando en torno un promontorio, que luego descendía, dejando al descubierto una sombría cavidad recubierta de musgo y de helechos.

Esta era la cueva de los Gnomos, conocida por este nombre a causa de una antigua leyenda según la cual, en otros tiempos, los Gnomos habitaban aquella cueva, de la que sólo salían de noche para robar al mar sus tesoros, que ellos ocultaban después en el fondo de la gruta.

— ¿Es aquí? — preguntó Paolo a su hermana.

Fiamma, desfallecida, contestó:

— Sí, aquí es.

Paolo encaróse con sus compañeros.

— Tú, Giacomo, escóndete detrás de esas peñas; y tú, Marino, ahí... Yo me quedaré a la entrada de la cueva.

Cada uno en su puesto, esperaron la llegada del corsario.

Fiamma, cerca de su hermano, que sería el primero en herir, habíase sentado en unas piedras, y encogíase tiritando, con la cabeza entre las manos.

Le dolían las sienes, como si se las ciñesen con un apretado cerquillo de acero. Era ahogada su respiración, y sus manos, debajo del mantón, enclavijábanse los dedos con un movimiento nervioso y desesperado.

Mientras tanto, en el fortín, el corsario limaba los barrotes de la ventana. Pronto concluiría su labor. Llevaba dos horas rascando los hierros con la lima; tres habían sido rotos ya y quedaba el último.

Redobló sus esfuerzos, y un instante después, sus manos de hércules doblaban los barrotes, arrancándolos y dejando franca la ventana.

Pasó el cuerpo a través de ella y descendió a la escollera. El aire de la noche dilató sus pulmones, y, mirando al mar, dijo:

— ¡Libre!

Otra vez sentíase dueño de sí mismo, sin que a su voluntad pusiere límites el espacio. A la bóveda oscura y sucia de su prisión,

pesando durante un mes sobre su cabeza, había sucedido la bóveda clara y limpia, tachonada de estrellas, del cielo inmenso.

— ¡Libre! — exclamó otra vez.

Y una sombra pasó por sus ojos.

¿Le esperaba Fiamma?

Con la sensación nueva de su libertad, su amor alzábase con vuelo de águila queriendo llenar los aires.

«¿Y qué es lo que le ofrecería Fiamma si lo esperaba? ¿La vida o la muerte?», pensó.

No tardaría mucho en saberlo.

Deslizóse por las rocas hacia la cueva de los Gnomos, situada no muy lejos del fortín.

Su cuerpo arrastrábase ligeramente, sin producir ruido.

Poco antes de llegar, volvió a preguntarse:

¿Estará Fiamma esperándome?

¡Oh, sí, ella le esperaba! Sufrió horriblemente esperándole, con los ojos fijos en el puñal que Paolo esgrimía con el brazo en alto, pronto a partir el corazón del corsario.

En su turbación, su pobre ánimo ya no sabía lo que descaba. Acaso morir al mismo tiempo que él.

Una piedra rebotó en las rocas, empujada por los pies del corsario en su marcha.

Los pescadores se pusieron alerta.

Oyóse el rumor de unos pasos.

Fiamma vió cómo su hermano alzaba el brazo.

Ya estaba él allí. Su sombra apareció, alargándose en las paredes de la cueva.

Paolo avanzó el cuerpo...

De pronto Fiamma, brguiéndose, gritó:

— ¡Huyel... ¡Te van a matar!

Su grito habíale salido del alma, largo y penetrante como la voz de la sirena de un barco que se fuese a pique.

Al oírlo, el corsario giró sobre sí mismo, sintió detrás de sí los pasos de los pescadores que le iban a los alcances, corrió hacia la escollera y lanzóse al mar.

Paolo y sus compañeros detuviéronse en lo alto de la roca, y vieron surgir la cabeza del corsario, que nadaba cortando las aguas con extraordinaria rapidez.

— ¡Maldición!... ¡El navío corsario! — exclamó Paolo.

En efecto, el barco de los piratas, con

las velas hinchadas por un viento favorable, salía al encuentro del fugitivo.

— ¡Se salvó! — dijo el hijo del calafate.

Los tres hombres se miraron estupefactos.

— ¡Tu hermana nos ha traicionado! — dijo Giacomo.

Entonces, Paolo recordó el grito de Fiamma:

— ¡Huyel... ¡Te van a matar!

Seguido de sus amigos, volvió a la gruta. Allí estaba la hija del calafate, aplastada contra una de las paredes de la cueva, con el rostro cubierto de una palidez cadavérica. Su corazón habíase librado de un enorme peso. Pero sentíase agolado por la violenta tensión nerviosa a la que estuviera sometida en los instantes que precedieron a la fuga del corsario. Ahora, ya no podía más.

Paolo la sacudió brutalmente de un brazo.

— ¿Por qué le avisaste?

Ella no contestó, con el cuerpo inclinado como si fuera a caerse.

— Contesta, ¿por qué le avisaste?

La voz del pescador tenía el corte agudo de la cólera.

— ¡Habla o te mato!

Fiamma miró a Paolo y, lentamente, subrayando las palabras, sin saber por qué, sintió la necesidad de decir:

— ¡Es el padre de mi hijo!

Como una bestia herida, Paolo lanzó un rugido y levantó en alto el puñal.

— ¡Ah, maldita!

Giacomo sujetó a su compañera.

— Es tu hermana; no puedes verter su sangre.

El brazo de Paolo cayó sin herir. Y, volviéndose, echó a correr hacia el pueblo.

Huía desalentadamente. Huía de su hermana y de sí mismo. Huía hacia su casa en busca del padre y de la mujer para que compartiesen su pena.

Su presencia en el hogar, su entrada brusca, con la mirada de loco, la ropa en desorden y los labios temblorosos, inmovilizaron a María y al viejo calafate.

Sin comprender aún, adivinaron la catástrofe que se cernía sobre ellas.

Paolo arrojóse a los pies del viejo, y con toda su corpulencia sacudida por los sollozos, gimió.

— ¡Padre! ¡La deshonra ha caído sobre nosotros!...

El viejo abrió los ojos con espanto.



— ¡Padre! ¡La deshonra ha caído sobre nosotros!...

¿Qué es lo que decía su hijo? ¿De qué deshonra hablaba?

— ¡Padre!... ¡Fiamma!...

No pudo continuar, con el pecho desgarrado por el dolor.

— ¡Fiamma!...

Otra vez cortóse su palabra, mientras el viejo seguía en silencio, con angustioso estupor, los gestos del hijo.

—¿El corsario es su amante!



—Sí, ella fué la que le facilitó la fuga, cuando se acercaba a la cueva.

El calafate movió la cabeza a un lado y a otro, mirando a María y a Paolo.

—¿Fiamma, mi hija?... — preguntó.

Sí, ella fué la que le facilitó la fuga, cuando se acercaba a la cueva.

Y Paolo rompió en un llanto bronceo, con la cabeza apoyada en las rodillas del viejo.

El reloj contó los minutos, que se alargaban en el dolor haciéndose interminables. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido.

El viejo calafate miraba delante de sí, con sus facciones dilatadas por la angustia.

Estaba abierta la puerta, que Paolo no había cerrado en su precipitación al entrar.

Y el viejo miraba hacia la calle solitaria y sombría, en la que inesperadamente apareció Fiamma, andando con dificultad, buscando el apoyo de las casas...

Al verla, la mirada del viejo se animó.

Ella venía hacia la casa.

Entonces, el calafate levantóse, dirigiéndose a la puerta, y, sin mirar a su hija, la cerró.

Y Fiamma, rota por la congoja, fué a caer en los umbrales de la casa, cuya entrada acababa de prohibirle su padre...

... Y de los abismos de su dolor, caída en tierra, ella sintió como ascendían los latidos de la maternidad, obligándole a seguir viviendo...

Han transcurrido dos años.

El navio corsario navega en otros horizontes, lejos de las costas italianas, llevando sus correrías a lejanos mares.

En las horas de calma, cuando el barco con las velas plegadas se deja llevar a la deriva, mientras la tripulación descansa, un grumete, en lo alto del palo mayor, otea el horizonte, vigilando, tratando de descubrir una presa.

El timonel del navio es un viejo renegado, de luengas barbas, retrino y fuerte, que dirige el barco con mano segura.

Hace mucho tiempo que conoce su oficio y nunca tembló su pulso ni en los días de abordaje, cuando los piratas, ebrios de

botín y de sangre, lanzábanse al asalto del barco enemigo, ni en las borrascas del océano.

El es un viejo muy viejo, pero de músculos duros y ánimo sereno.

El resto de la tripulación componíanla hombres de todas las razas y de todas las latitudes. Había moros de Berberia con sus jaiques blancos y la gumiá colgada al cuello, árabes de albornoces de fina seda y alfanje al cinto, chinos de larga coleta, crueles y feroces, indostanes majestuosos, altivos como dioses, e incluso europeos. Distintos por la sangre, a todos uníalos el mismo espíritu de pillaje.

No tenían patria ni hogar. Vivían del robo y del crimen. Y su ley era la de su navio, en el que mandaba de una manera omnimoda el jefe corsario, cuya figura, en las horas de calma, aparecía erguida en la proa, con los ojos vueltos hacia la lejana Italia.

El había llevado muchas veces sus hombres a la victoria, y su valor intrépido los dominaba. Todos podían referir alguna hazaña del jefe y ninguno le viera nunca

huir ante el enemigo, al que venció siempre.

Pero hacia dos años que él no era el mismo.

¿Qué pena oculta llenaba su alma?

Los piratas comenzaban ya a dudar de que hubiera sido él quien, años atrás, los guiaba animándoles en la lucha, eligiendo las presas y persiguiéndolas por las rutas marinas y siendo el primero en entrar en los pueblos al asalto.

Ahora ya no se preocupaba de preparar sus golpes audaces, que llenaban las bodegas del navío de oro y provisiones. Ahora ya no se acercaba a la costa, ni consentía a su gente intentar ningún golpe contra los pueblos costeros.

Dos años llevaba así.

No, él no era el mismo.

Desde el día en que huyó del fortín y en que el grito de una mujer le libró de la muerte, un cambio radical habíase realizado en su alma.

Claramente lo decían sus miradas, siempre dirigidas hacia el país de Fiamma.

La nostalgia de su amor persistía en él desde aquella fecha, manteniéndole en un continuo estado de desesperación.

Su grito, previniéndole de un peligro cierto, le dio la seguridad de su cariño, y este convencimiento hacíale imposible la vida lejos de ella.

¡La amaba por encima de todo!

Volvía a verla con su deseo, tal como la había tenido en sus brazos la noche magnífica en que le dio todos sus besos. Volvía a verla, irritada y terrible, y siempre bella, cuando en la plaza del pueblo pedía su muerte. Volvía a verla en su prisión, llameándole los ojos de odio, y rechazando el amor que él le ofrecía.

Y luego...

... Aquel grito suyo : « ¡Huyel... ¡Te van a matar! », que le obligó a una fuga precipitada pero que acarició su corazón, porque le descubrió que, a pesar de su odio, ella le quería...

En pie, en la parte más elevada de la proa, el corsario miraba hacia el límite del horizonte, en dirección al país de Fiamma.

El tiempo no había podido borrar su imagen, y él tenía presente a todas horas, para hablarle en voz queda, haciéndole el homenaje de su pasión.

Y los piratas, viéndole, se preguntaban:

—¿Qué pena oculta llena su alma?

Ellos nada sabían. Pero comenzaba a fatigarles la pasividad de su jefe.

Ellos no habían nacido para hacer una vida de reposo; la lucha era su elemento. Y ya llevaban dos años sin medir sus fuerzas con enemigo alguno.

El extraño jefe procuraba rehuirlos, cambiando de ruta cuando se encontraban con un barco, y navegando al socaire por alta mar.

¿Qué es lo que pretendía?

Una tarde, con buen tiempo, el vigía anunció:

—¡Una vela a estribor!

Los piratas se alzaron rápidamente y se somaron a las bordas, distinguiendo allá, en la lejanía, la probable presa.

—¡A las armas! —gritó el segundo de a bordo.

—¡Timonel, vira a babor! —ordenó otra voz.

La proximidad del combate enardecía a los piratas, que tomaron las armas, disponiéndose a la lucha. Aquello significaba

la esperanza del botín y el placer de dar la muerte y burlarla, entre el estruendo de los disparos y los gritos de los moribundos.

Mas no habían contado con su jefe. El corsario, al ver moverse a su gente, dejó la proa, y al mismo tiempo que tomaba el timón, impidiendo al timonel que hiciera la maniobra que le habían ordenado, gritó imperiosamente:

—¡Desplegad velas!... ¡Deponed las armas!... ¡No vamos al abordaje!... ¡Pronto, obedeced!

Un confuso rumor de protestas alzóse del grupo que formaban los piratas, agrupados junto al pañol de la pólvora.

El viejo timonel, acercóse al jefe.

—Es la tercera vez que rehusas la pelea... ¿Por qué lo haces? Piensa a lo que te expones... ¡Acabarán por sublevarse!

El corsario miró al viejo, el más fiel de sus hombres, y dijo:

—¿No estás aún cansado del olor de la sangre?

El timonel se encogió de hombros:

—¡Para lo que me queda de vida!

Tú, en cambio, eres joven y has nacido para mandar hombres y guiarlos al combate, y si ahora no lo haces, esos — dijo señalando a los piratas — no te lo perdonarán y, tarde o temprano, podrán más que tú... ¡Piensa lo que te conviene!

El corsario miró al grupo de los que protestaban. No los temía. En último extremo, poco le importaba hacer frente, él solo, a todos ellos.

Cruzó los brazos sobre el pecho y avanzó hacia los que estaban más cerca.

¿Por qué dejas la presa que tan a mano tenemos?

El corsario miró fijamente al que le hablaba, y sintió como los ojos coléricos de sus hombres, defraudados en sus deseos, le dirigían la misma pregunta.

— Los viveres se agotan y si seguimos así, nos moriremos de hambre... ¿No te das cuenta de esto?

En aquel momento, un pirata destacóse de sus compañeros y, señalándoles el corsario, dijo:

— ¿Pero no habéis comprendido que nos traiciona?

Aquello era una injuria y la amenaza de una inmediata insubordinación. El jefe lo comprendió en seguida y, dando un salto, cayó sobre el que le había ofendido suponiéndole capaz de traicionar a su gente, y le hundió un puñal en el pecho. Luego, volviéndose, dijo:

— Quien quiera seguirlo... ¡que se adelante!

Una ráfaga de miedo pasó por entre las filas de los piratas.

Hecha su justicia, el corsario volvía a mirarlos quemándolos con el fulgor de sus pupilas, y, uno tras otro, sugestionados y reducidos por aquel valor, retrocedían con las cabezas gachas, sin poder afrontar la colérica mirada, humildes y sobrecojidos ante el valor del que una vez más había sabido poner de manifiesto que allí sólo él era el jefe y su voluntad la única ley para todos.

El navío, después de atravesar el estrecho de Gibraltar, navegaba ahora por las aguas del mar latino.

Corría un ligero viento, que impulsaba al buque velozmente.

Declinaba el día. El sol parecía un naufrago, que poco a poco se fuera sumergiendo en las aguas.

De cuando en cuando, llegaba de las costas africanas una racha de aire caliente, y su golpe contra las velas las hacía restallar como si fueran látigos o producía un ruido semejante a una explosión.

En el silencio de la tarde, la voz del que mandaba las maniobras, sonaba de una manera grave.

Solo como siempre, en la proa, el corsario sentía dilatarse el alma viendo el cielo que cubría a Fiamma.

¿Qué sería de ella?

¿Lo amaba aún?

¿Se acordaba de él?

A la hora del crepúsculo, los musulmanes tendieron en la cubierta las esterillas de la oración y se pusieron a rezar sus preces en voz alta, llenando el vasto silencio con sus gritos religiosos.

— ¡No hay más Dios que Alah y Mahoma es el enviado de Alah!

— ¡En el nombre de Alah, el Clemente sin límite, el Misericordioso!

— ¡Alah es el más grande!

Y mientras oraban, cumpliendo los requisitos de una buena plegaria que se prescribe en la «Sunna», alzaban los brazos, con las palmas vueltas hacia arriba, en dirección a la Meca.

El corsario, en tanto, rezaba también, pero sus oraciones se dirigían a Fiamma. A ella enviaba sus plegarias, cuyo lenguaje prestábaselo el corazón y lo hablaban los ojos. Porque ni la lengua ni los labios sabrían expresarlo.

Hacia dos años que no había vuelto a verla, dos años sin oír la música de su voz ni poder mirarse en el espejo hondo de sus ojos.

¿Qué habría sucedido en tanto tiempo?

Muchos días tienen dos años y muchas eran las horas de esos días. Quizá ella ya no se acordaba de él, suponiéndole olvidadizo o muerto.

Sin embargo, él sólo tenía pensamientos para Fiamma, y con su recuerdo buscaba la soledad, acariciando la memoria de sus fugaces amores.

Siempre con esta idea fija, el corsario

concluyó por sentir el deseo de aventurarse a verla de nuevo. No le preocupaba que lo volvieran a hacer prisionero en el fortín. No temía el odio de Paolo, a cuya venganza pudo huir gracias al grito previsor de Fiamma.

«Verla y luego morirle, pensaba.

A veces, en medio de la noche, su fantasía dibujaba en las sombras la imagen de ella, y entonces él corría hacia la aparición con los brazos abiertos, y al ver que se desvanecía, la llamaba desesperadamente:

— ¡Vuelve, Fiamma, vuelve!... ¡No me dejes, amada mía!

Y al convencerse de que todo era un delirio, producido por su deseo, sentía llorar su corazón.

— ¿En qué pensará? — preguntábase los piratas viéndolo a deshora erguido en la proa del navío.

El día en que ellos amenazaron con sublevarse, pasado ya el peligro, después del castigo del que se atreviera a acusarlo de traider, sostuvo con el timonel el siguiente diálogo:

— Hoy te obedecieron, porque supiste

solocar su ira clavando el puñal en el pecho del tunecino; pero ¿puedes asegurar que te obedecerán también mañana? — preguntó el viejo.

El timonel hablaba inspirado por su conocimiento de los hombres y lo hacía en tono cariñoso.

— Tú no puedes cambiarles ni modificar su vida; llevan muchos años fuera de la ley, como enemigos declarados del mundo civilizado, y saben que el día que caigan en poder de un barco francés, inglés o español no les espera otra cosa que la horca en lo alto de un palo.

— Como a ti y como a mí — observó el corsario.

— Sí, es cierto; ahora que a mí me tiene sin cuidado y tú, al parecer, no tendrás ese fin.

— ¿Por qué?

— Hace tiempo que vengo leyendo en tu pensamiento el propósito que abrigas de cambiar de vida.

— ¿Y si acertases?

— Razón de más para que no pretendas que tu gente siga tu mismo camino, porque

ellos, estoy seguro, no te obedecerían en este caso.

El corsario asintió:

— Es verdad.

No, él no podía cambiar sus vidas; ellos continuarían su existencia aventurera, con la muerte rondándoles siempre y llevando tras sí el cortejo de sus pasiones brutales, que no se saciaban sino en el crimen y en el robo.

Como él, hasta entonces. ¿No había sido esta su vida durante muchos años?

Ciertamente, él supo, aun en el crimen, conservar una dignidad que sus compañeros no conocían. Lo atestiguaban miles de incidentes, como aquel en que salvó a Fiamma. Entre sus hombres, cuando se lanzaban al abordaje o asaltaban un pueblo, el corsario procuraba mantenerse dentro de ciertos límites caballerescos, y más de una vez impuso la sanción de la muerte a algunos de los suyos por sus crueles excesos.

Por eso su espíritu pudo vibrar ante el odio de Fiamma, y lejos ya de ella, recordando las razones de su odio, trató de no volver a sufrir su castigo, abriendo un parentesis en su existencia de pirata.

Esta paz en que ahora vivía y obligaba a vivir a su gente, era el mejor homenaje que podía ofrecer a Fiamma.

Sí, él estaba ya reconquistado para emprender otra vida, orientándose por los caminos del bien. Un impulso de voluntad bastaría a decidirlo.

Las palabras del viejo timonel respondían perfectamente a sus sentimientos. Sin duda, lo que le convenía era determinarse a abandonar la compañía de sus hombres.

Pensó en el sitio en que debía desembarcar, y el pueblo de Fiamma se le ofreció como el lugar único, capaz de satisfacer sus anhelos.

Buscaría a la mujer a quien amaba y aun era posible que hallase a su lado el sosiego que necesitaba su alma.

Claro que para esto debía exponerse a toda suerte de peligros, mas el riesgo no le preocupaba.

Meditó durante unas horas sobre este asunto, que llenaba su pensamiento.

La idea de ver de nuevo a Fiamma lo excitaba, turbándole deliciosamente.

La ausencia había aumentado y depurado

su amor. Lo mismo que en un sueño ocurríasele pensar cómo él, hombre desgajado de la comunidad de sus semejantes, que había llevado una vida oprobiosa, sin más fe que la que tenía en su propio valor, podía llegar a constituir una familia y a tener un hogar santificado por la presencia y la cariñosa solicitud de una esposa... de la bella Fiamma.

Y cuando así pensaba, una voz interior, esa voz que tan acertadamente designa a pueblo con la palabra *corazonada*, parecía decirle:

«Confía en la rectitud de tus intenciones y no dudes de que hallarás lo que deseas.»
¡Oh, si esto fuera posible!

Entonces tendría una casita humilde y limpia, recogida y caliente en invierno y abierta al aire de fuera durante el verano. Y Fiamma cuidaría de esta casa, esperándole para saludarle con un beso cuando volviese del trabajo. Ella alegraría con sus risas la casita humilde y limpia. Y acaso, acaso... un niño, un hijo vendría, andando el tiempo, a ser el báculo de su vejez después de haber sido el orgullo de sus años mozos.

El corsario sintió cómo las lágrimas hu-

medecían sus párpados. Nunca había llorado; así que reprimió aquella pasajera debilidad.

Pasóse las manos por el rostro y dijo:

— ¡Ya no podré disfrutar jamás una dicha igual!

Porque acordábase de la sangre que habían vertido sus manos y de todos los crímenes cometidos a lo largo de su existencia de pirata. Y no concebía que sus manos pudieran, en modo alguno, ser algún día cuna de un inocente, de un hijo.

Esta desconfianza le restó por unos momentos su voluntad de salvarse, conquistando no porvenir limpio de manchas.

Pero otra vez vino el recuerdo de Fiamma en su ayuda y la fe lo alentó de nuevo.

Se acercaba la noche. Hacía una calma chicha y el navío apenas si cabeceaba, un poco saltaría porque había alguna mar de fondo. Las olas golpeaban los costados del buque con un ruido igual y monótono. La luna, redonda y blanca como una enorme comunión, alzabase del lado de Europa, y sus rayos argentados, sesgadamente, arrancaban a la inmensa lámina azul del

mar reflejos de plata. Todo el paisaje marino revestíase de una grandeza singular en aquella hora.

Unos cuantos picatas argelinos, reunidos en la popa cantaban con voz dulce sugestivos poemas orientales, mientras otros, árabes del desierto, antiguos nómadas de las atensas llanuras de Chammar, oían a uno de ellos que les refería cuentos de «Las mil y una noches», hablándoles de la sabiduría y magnificencia de Harun el Rachid, de la belleza de la tierna Scherezada y de los ricos mercados de Samar-Kanda.

Como sugestionados por la hora, toda la tripulación, extrayendo los mejores motivos de emoción de sus almas, cantaban o hablaban en voz baja, y sus voces no eran más que un liviano rumor que casi no alteraba la paz del silencio.

Sólo el corsario permanecía aislado, lejos de su gente, erguido en la proa y con los labios llenos de las palabras de siempre:

— ¡Oh, Fiamma, bella Fiamma! ¿Cuándo te volveré a ver?

Por el cordaje del trinquete vióse gatear a un pirata, al que siguieron dos más. Como

el viento era flojo, había que izar todas las velas. Y oyóse un chirrido de garruchas, acompañado de breves voces de mando.

Ordenaba la maniobra el segundo de a bordo, Tieb-Taz, un natural de Siria, hombre valiente en la lucha y hábil en el mando, en quien el corsario depositaba su confianza.

Aunque él aun no había renunciado el mando en nadie, hacía tiempo que venía delegando muchas atribuciones en sus subalternos, como si con esto pretendiera irse desligando de los lazos que le unían a su vida pasada. Casi nunca se oía ya su voz dirigiendo a los piratas. Encerrado en su aislamiento, manteníase aparte, viviendo con sus recuerdos, meditando proyectos de liberación y pensando en sus amores.

Comenzaba a darse cuenta de que entre él y sus compañeros ya no había nada de común. Mientras a ellos sólo les preocupaba la esperanza de un abordaje, la codicia del botín y el deseo de lucha, él no tenía otra ilusión que la de obtener la paz para su alma y el cariño de Fiamma.

No tardaría mucho en dar forma a sus aspiraciones. Un día u otro tendría que ser. Acaso, mañana mismo. El no lo sabía aún.

Pero le espoleaba el deseo de partir y

sufría una sensación de angustia viéndose todavía con sus hombres, en aquel navio con el que recorriera tantas rutas marianas y con el que sostuviera tantos combates.

Miró hacia la cubierta, por la que se paseaba Tieb-Taz. Acercóse a él, y le dijo:

— Llama a tus hombres.

La voz del segundo llenó el barco de resonancias, y como surgiendo de las sombras, aparecieron los piratas, unos tras otros.

A una orden, formaron delante del corsario, que paseó por ellos sus miradas, que ninguno podía sostener. Estaban todos,

Entonces el jefe habló y dijo:

— ¡Compañeros, voy a dejaros!

En los rostros de los piratas reflejóse el asombro; pero comprendieron en seguida, recordando que el jefe llevaba dos años reuniendo con sus costumbres, lejos de la pelea, como si hubiese renunciado a su condición de aventurero.

— He perdido mi voluntad — añadió el corsario — y ya no sirvo para mandaros...

Una extraña tristeza sentíase palpitante en el lenguaje de aquel hombre, a quien la tripulación admiraba y tenía como un héroe.

El corsario abrió los brazos y, como si

quisiera abarcar con ellos el barco de proa a popa y de babor a estribor, concluyó:

— Desde hoy, este navio es vuestro.

La sorpresa de los piratas, aunque pudieran presentir aquel fin, se manifestó en un silencio que nadie se atrevía a interrumpir.

Sólo el timonel decía a media voz:

— ¡Bien hecho!... Al fin, has encontrado tu camino.

Pero el segundo de a bordo adelantóse a sus hombres y dijo:

— ¿Por qué te vas? ... Quedate; tú eres aquí el jefe insustituible. Tuyo es el navio y debes seguir mandándolo. ¿Qué es lo que vas a buscar en tierra? ¿Estás descontento de nosotros?

El corsario denegó con la cabeza.

— Entonces ¿por qué nos dejas? Te hemos sido siempre fieles y seguiremos siéndolo.

Gracias, Tieb-Taz... Mi destino es muy diferente al vuestro... Yo sólo deseo la paz para mi corazón. ¡Dejadme que la consiga!

Tieb-Taz alzó las manos con las palmas abiertas, miró a lo alto y exclamó:

— ¡Que la paz del Señor sea contigo, puesto que así lo deseas!

Y ante aquella escena, los piratas sintieron la sacudida de una emoción que apenas sus ánimos.

Un instante el corsario y su segundo se abrazaron. Al separarse, en el rostro del jefe resplandecía una expresión nueva, de alegría y de ansiedad. Su decisión estaba tomada.

— ¿Dónde quieres que te dejemos? — preguntó poco después Lieb-laz al corsario.
— En tierras de Italia.

Y hacia Italia hizo rumbo el navio.

La navegación duró poco. Pronto divisóse en el horizonte el país de Fiamma.

Desde aquel momento, los ojos del corsario no se separaron un punto de la tierra prometida, meta de sus ilusiones, sagrado lugar en que él pensaba hallar todo lo que deseaba: un poco de amor y un poco de reposo. Y una noche, cercana la costa, aparejóse un bote al que saltó el corsario.

La tripulación, asomada a la borda, presenciaba su partida en silencio.

Y vieron como su antiguo jefe, poniéndose en pie, agitaba los brazos gritándoles:

— ¡Adiós, mi brava gente!... ¡Compañeros, adiós!

Un clamor de voces de despedida alzóse del barco. Y el navio y el bote, tomando direcciones contrarias, separáronse para siempre: hacia el odio y la lucha, el uno y el otro; hacia la paz y el amor.

VI

Dos años llevaba Fiamma, odiada y despreciada de todos sus vecinos, arrastrando una vida miserable.

Al cerrarse la puerta de su casa la noche de la fuga del prisionero del fortín, encontróse sola, sin otro amparo que el de Dios.

Comenzó entonces para ella una existencia horrible, de angustias continuas, de espantosas amarguras, azuzada por el odio de los suyos y el desprecio de los demás.

La noticia de que era la amante del corsario, al extenderse por el pueblo, la aisló, bloqueándola dentro de un círculo de rencores. Nadie la compadecía y todos la despreciaban, lanzándole sus maldiciones.

Aquella gente de mar que vivía afrontando los peligros de las borrascas y temiendo a los corsarios, sus enemigos seculares, no podían perdonarle a la hermana de Paolo que hubiese amado a uno de ellos, concibiendo en sus entrañas un hijo de tales amores, sobre

el que siempre pesaría el estigma de su odioso origen.

En la tranquila existencia del pueblo, ella vino a ser la oveja apartada con la que no podía reunirse el resto del rebaño.

Se hicieron las más suposiciones repugnantes para explicarse su conducta, y se dijo que aquel su odio contra el corsario, del que hizo alarde mientras estuvo prisionero, había sido un ardíd, como también lo había sido su proposición al guardián para que lo matase.

Aplaudíase como justa la conducta del viejo calafate, y su dolor por la deshonra de la hija contribuyó a que fuesen más violentas las censuras que los pescadores hacían a Fiamma.

Al verse abandonada, ella echóse en los umbrales de su casa, como un perro que no quiere apartarse de la querencia de los suyos.

La arrojaron de allí y vagó por las calles del pueblo durante las horas largas de la noche...

Cansada y arrecida, anduvo de un lado para otro, llamando a la muerte, deseando que su vida acabase poniendo término a sus torturas,

Y este fué el principio de un penoso calvario, que no prometía tener nunca fin.

Huyó de la gente y refugióse en las rocas de la costa, alimentándose con marisco que cogía en la resaca robuscando entre las peñas que las olas dejaban al descubierto.

No esperaba que la compadeciesen, y más de una vez pensó en salir al encuentro de la muerte, precipitándose en el mar.

Algunos muchachos la vieron en las tardes siguientes al día de la fuga del corsario, erguida en la escollera, mirando al mar.

Y siempre, en el instante en que ya se disponía a sepultarse en las aguas, un latido de sus entrañas la contenía, alejándola del peligro. Dentro de ella un ser empezaba a vivir y, sintiéndose madre, no podía arrancarle la existencia cuando aun no había nacido.

Y Fiamma aceptó la vida como una cruz que debiera llevar sobre sus débiles hombros de mujer.

Durante el día permanecía fuera del pueblo, volviendo a él al llegar la noche, para dirigirse a su casa y sentarse a su puerta y oír desde allí los rumores familiares.

Pronto la necesidad de tener un sitio en el que cobijarse, la llevó a descubrir una

casucha abandonada, con las paredes llenas de grietas, el tejado desmantelado y las ventanas rotas. Hizo de esta casucha su vivienda, y en ella se encerró, pasando los días en una soledad dolorosa.

El recuerdo del corsario arrastrábala de cuando en cuando a la costa, y de pie en las rocas miraba el mar, dirigiendo sus ojos hacia los límites del horizonte, de donde él podía volver.

Su sacrificio al salvarle la vida y el sentimiento de su maternidad, habían acrecentado su amor, tanto más intenso cuantas más y mayores eran las penas que le costaba.

Pero pasaban los días y él no volvía.

Cansada de esperarlo, Fiamma regresaba a su misérrima casucha, y sin lágrimas, porque ya las había llorado todas y estaban secas las fuentes de su llanto, encojía, sentándose en el suelo, acurrucándose para defenderse del frío, y dejaba que su pensamiento volase hacia los países desconocidos en que suponía encontrarse el corsario.

Estaba sola, ahogada por su propia soledad.

Pero un día, burlando la oposición de su marido, Maria, la mujer de Paolo, llena de simpatía y ternura por la desventurada,

presentóse en la casucha, y desde entonces Fiamma tuvo quien la compadeciera y socorriese.

Su cuñada era una mujercita bondadosa, de una belleza muy dulce, y ella fué la única que supo comprender a la hija del colufate.

Fiamma le refirió sus amores. Contóseles una tarde, con un instintivo deseo de justificarse, de que alguien conociera su pasión y pudiese consolarla hallando disculpa para su falta.

Fué aquel un relato sencillito, en el que dos almas de mujer vibraron al unisono.

Y la revelación brotó, con la pureza de la ingenuidad, de los labios de Fiamma.

— ¿Te acuerdas cuando los corsarios vinieron por primera vez al pueblo?

— Me acuerdo, sí — contestó Maria. — Yo pude esconderme debajo de unas redes y allí estuve hasta que se marcharon.

— Pues fué entonces cuando lo conocí. Los piratas habían asaltado nuestra casa. Mi padre y mi hermano estaban en el mar y yo no tenía a nadie que me defendiera... Dos de aquellos diablos me querían raptar y uno de ellos intentó ultrajarme. Luché con todas mis fuerzas tratando de arrancarme de sus brazos... Hubo un momento en

que temí sucumbir. Lancé un grito de desesperación y en aquel instante abrióse la puerta y él apareció...

Fiamma cerró los ojos para evocar la figura del corsario.

— ¿Y qué sucedió después? — interrogó María.

— Después... Mató al que me sujetaba, librándome de sus garras, y los otros, asustados, se fueron... Quedamos solos. ¡Qué bello estaba! Tú le conoces... Se acercó a mí. Yo temblaba de miedo. Me preguntó mi nombre, y, acariciándome los cabellos, dijo: «Fiamma, eres muy bella». No dijo más y se marchó...

— ¿Eso hizo?

— ¡Oh, sí! El no era como sus compañeros. Pudo ultrajarme y, sin embargo, me dejó... Yo lo seguí con mis ojos y mi alma se marchó con él... Desde entonces le quise.

Los ojos de Fiamma brillaron de fuego. Aquel recuerdo era el más glorioso de su vida, porque en él aparecía su amante como un hombre bravo y digno, todo grandeza de alma.

María preguntó:

— ¿Y se marchó sin que tú volvieras a verlo?

— Pasaron dos años antes de que lo viese otra vez. Esto ocurrió cuando él fué hecho prisionero...

— ¿Pero tú no pediste entonces su muerte?

— Espera... Antes y después ocurrieron muchas cosas...

Y Fiamma refirió cómo él se le había aparecido cuando hacía centinela en el cerro, y cómo ella cayó en sus brazos, creyendo que venía solo, rendida por su amor.

— Mintió, porque me amaba — dijo. —

Yo lo comprendí más tarde, y porque me mintió fué la primera en odiarle y desear que se le condenara a muerte... Yo misma, al ver que lo encerraban en el fortín y que los días pasaban sin que se le ejecutara, entré una vez en su prisión con el propósito de clavarle un puñal en el pecho...

— ¿Tú, Fiamma? — preguntó María con espanto.

— ¡Ah, cómo le odiaba entonces!... No sé si le hubiera perdonado nunca a no haber sucedido lo que sucedió. El mismo me dijo que proyectaba fugarse. Mi odio decidió entonces que no lograra la libertad, y descubrí a Paolo su proyecto...

Calló Fiamma. De nuevo revivía el su-

plicio de aquellas horas, las más crueles de su vida.

En la tarde de aquel día yo sentí el despertar en mis entrañas del hijo de mi amor... ¿No te acuerdas de que tú me preguntaste si me encontraba mala?

— Es verdad... Las dos estábamos tendiendo ropa a la puerta de casa...

Fiamma prosiguió:

— Pues en aquel instante, al darme cuenta de lo que me sucedía, alerrada por la idea de que yo me había comprometido con Paolo a acompañarle a la cueva de los Gnomos para que vengara al pueblo del asalto de los piratas... en aquel instante, sentí que seguía amándole y le perdoné...

Maria la interrumpió con voz suave:

— Hiciste lo que debías... El era, después de todo, el padre de tu hijo.

— ¡El padre de mi hijo! — exclamó Fiamma.

Y sus ojos se nublaron con el llanto.

Maria abrazó a su hermana, llena de piedad por su desgracia y de comprensión para su amor, como si presintiera las palabras del sabio que había de decir: «Razones tiene el corazón que la inteligencia no comprende».

Ella comprendía, porque era mujer, como

Fiamma. Los que no podían comprender eran Paolo y el calafate, y menos aún, los vecinos del pueblo.

Y después de esta revelación, la mujer de Paolo tuvo hacia la desventurada un cariño tan grande como grande era la desgracia y el desconuelo de Fiamma.

Todos los días iba a visitarla, ingenándose para llevarle alguna cosa, que sustraja de su casa cuidando que no la viesan.

El viejo calafate, consumido por la tristeza, llegó a notar estas salidas de Maria, y guardó silencio, ocultándoselas a su hijo, que no las hubiera consentido.

El viejo calafate, sin embargo, aunque nadie lo advirtiera, sentía llagada su alma por la desgracia de la amante del corsario.

Pero no podía perdonarle.

El, solo, rumiaba su pena.

Desde el día terrible en que se descubrió la infamia que sobre ellos arrojó la pescadora, la tristeza aposentárase en su casa.

Paolo parecía siempre ensimismado, ceñudo y hesco hasta con su mujer.

Y el viejo calafate adivinó que también su hijo sufría.

No se volvió a hablar de ella. Su nombre no volvió a sonar en los labios de los suyos.

Pero el viejo calafate y Paolo llevábalo grabado en el corazón, y hasta en sueños lo veían con todas sus letras, negras y sombrías.



El viejo calafate, sin embargo, sentía ligada su alma por la desgracia...

Pasó el verano de aquel año, y antes de que llegase el invierno, Fiamma gustó las delicias de la maternidad.

A su lado, en aquellas horas, sólo estuvo María, la buena y dulce hermana.

Y pasó aquel invierno y vino la primavera.

Con su hijo en brazos, Fiamma reanudaba ahora sus paseos por la costa.

Pensaba en él.

¿No volvería a verlo? ¿No conocería nunca su hijo al padre?

Del mar no venía aquel a quien ella esperaba.

¿Si ella pudiera preguntarle al mar dónde estaba y el mar le descubriese su paradero!...

Había cambiado mucho la bella pescadora. El dolor no había pasado en vano por su alma. Su huella descubriase en el rostro empalidecido y triste, sin la expresión llena de vida de otros tiempos. Ya no tenían sus ojos el fulgor de la juventud, ni la mirada audaz y atrevida; ahora miraban humildosos, sin alzarse del suelo. Como vencido por el cansancio, su cuerpo mal vestido, con las ropas en jirones, inclinábase hacia adelante. Y su voz sonaba tristemente, sin el timbre armonioso que tuviera en el pasado.

¡Oh, sí, había cambiado mucho la bella Fiamma!

Y pasó el verano. Y vino el invierno.

El hijo de la desventurada, con sus dos años escasos, era ya un hombrecito, rechoncho, fuerte y llorón, que sabía andar solo. Prometía ser un bravo ejemplar.

Una noche, María, como de costumbre, fué a ver a su hermana, a la que encontró más triste que otras veces.

La pobre mujer había perdido ya la esperanza de que él volviera, y sentía desgana de vivir. Su hijo era el único refugio que tenía, y su pena se aumentaba al pensar que nunca podría gozar de las caricias paternales.

— ¿Aun te acuerdas de él? — preguntóle la mujer de Paolo.

Fiamma no contestó.

— ¿Para qué te martirizas pensando en lo que no puede ser?

Fiamma siguió callada.

¿Acaso podía ella dejar de pensar?

La bondadosa María puso un pan, que había sustraído de su casa, en una mesa desvencijada. Luego, cogió en brazos al pequeño, que la miraba severamente, con esa dignidad del niño que se siente ofendido cuando cree que las personas obligadas a prestarle atención, tardan en hacerle caso.

La madre siguió los movimientos de su hermana y dijo, mirando al rapaz:

— Fíjate, se parece a él.

Tenía la obsesión del corsario, y todos los sucesos de su vida los relacionaba siempre con su recuerdo.

De pronto, preguntó:

— ¿Crees que él no volverá nunca?

María contempló a su hermana con profunda pena, y advirtiendo que ella tenía necesidad de que alentarán sus deseos sosteniéndole la moribunda esperanza, murmuró:

¡Quién sabe!

De nuevo encerróse Fiamma en su matismo doloroso.

La mujer de Paolo acariciaba al niño.

Una pequeña lámpara de aceite difundía una claridad mortecina. El viento la hacía balancear y por las paredes bailaban las sombras, perseguidas por aquella pobre luz.

A la misma hora, un bote acercábase a la costa. Lo tripulaba el corsario, el cual, al llegar a la playa, abandonó la embarcación y, procurando recatarse, entró en el pueblo.

En su casa, Paolo y su padre esperaban a María para la cena. La mesa estaba puesta. Sólo faltaba la presencia de la linda y dulce mujercita, la hada buena que regía el hogar.

— ¿La envió usted a algún recado, padre? — preguntó Paolo, extrañado por la tardanza de su mujer.

— Yo, no; pero algo tendrá que hacer cuando no vuelve.

El viejo presumía dónde se encontraba su hija.

Precisamente, en aquellos momentos, María disponíase a regresar a su casa.



En su casa, Paolo y su padre esperaban a María para la cena.

— Me voy, Fiamma — dijo, dejando al niño. — Deben estar esperándome, y la paciencia de Paolo se agota pronto.

— Adiós, entonces... ¿Vendrás mañana?

— Pues claro, mujer... Tú ahora, acuesta al pequeño y no pienses más que en él.

Fiamma la miró conteniendo el llanto.

— ¡Si pudieses!... — exclamó.

Con paso apresurado, María atravesó las calles que la separaban de su casa. De pronto, al revolver de una esquina, le salió al encuentro el corsario.

— ¿Y Fiamma? ¿Dónde está Fiamma?

El hombre preguntaba ansiosamente. Iba envuelto en su capote, con la capucha echada, descubriendo apenas la frente y los ojos.

Ella, sin embargo, le reconoció.

— Fiamma lleva esperándote dos años — dijo María repuesta de su sorpresa.

Inesperadamente, Paolo, que los había visto desde una ventana de su casa, se interpuso entre ellos, bajó de un manotazo la capucha del corsario y gritó:

— ¡Conque eres tú!... ¡Si no eres un cobarde, sígueme!

Sin titubear, el corsario siguió al pescador, que lo condujo a su casa, mientras su mujer corría desolada en busca de Fiamma.

El calafate se levantó tembloroso al ver reaparecer a su hijo acompañado del pirata.

— ¿Por qué lo traes aquí? — preguntó a Paolo.

Y sin fuerzas para resistir aquella emoción, cayó sentado en su silla, con los ojos abier-

los y el estupor, el odio y la ira reflejados en el semblante.

Con los brazos cruzados, ni altivo ni humillado, el corsario esperó.

— Hace tiempo que te esperaba — comenzó diciendo Paolo. — No pude conseguir que pagases todos tus crímenes el día en que, gracias al aviso de una mala mujer, lograste fugarte... Mas ahora...

El pescador arrojó un cuchillo a los pies de su enemigo.

— Vamos a luchar de hombre a hombre... ¡Necesito tu vida y te la voy a arrancar!...

El corsario no se movió. Aquel ambiente de odio que respiraba no podía hacerle perder su serenidad magnífica, obtenida por un esfuerzo admirable en el transcurso de los dos años que pasó, lejos de Italia, con el pensamiento lleno del recuerdo de Fiamma.

— ¡Defiéndete!

— Mátame — dijo el corsario, contestando a la sangrienta invitación del pescador.

— ¿No quieres medir tus fuerzas conmigo?

— No he venido a luchar.

Las frases se cruzaban y con ellas las miradas: iracunda y febril la de Paolo, tranquila y llena de energía la del corsario.

Entonces habló el calafate:

— Paolo, hijo, suelta el puñal, y ábrele la puerta a ese hombre para que siga su camino.

— ¡No, padre! ¡Deja que se cumpla la justicia de Dios!

El pescador se acercó al hombre que odiaba y, fríamente, le dijo:

— ¿Tienes miedo?

La brava sangre del pirata se sublevó ante esta idea. Inclínose al suelo, cogió el puñal o hizo frente a su enemigo.

Empezó la lucha, atacando el pescador y defendiéndose el corsario, ante los ojos desorbitados del viejo calafate, que temía por la vida de su hijo.

Los puñales cortaban el aire y chocaban despidiendo chispas y sonidos argentinos.

Los dos eran diestros y valientes.

Y tenían como juez de su lucha un anciano, inmovilizado por el estupor, rígido en su asiento, que seguía sus movimientos con mudo espanto.

Procurando evitar los golpes de su contrario, el corsario pensaba en Fiamma. Como relámpagos fugacísimos, pasaban por su pensamiento los recuerdos de las ilusiones que concibiera en su navío, cuando nació en él la idea de volver en busca de un poco de amor y un poco de reposo.

Y he aquí que, en cuanto llegaba, su mano velase forzada a blandir un puñal y a luchar con el hermano de ella.

Tuvo que dar un salto, poniéndose al otro lado de la mesa, para librarse del puñal de Paolo que buscaba su corazón... su corazón lleno de amor y que sólo deseaba la paz.

Se acordó de ella y pensó: «No debo morir sin verla.»

Este pensamiento aumentó su destreza, e hizo más ágiles sus movimientos.

Mientras tanto, Maria, presa de verdadero pánico, corría hacia la casa de su hermana.

La pobre mujer, desterrada del corazón de su familia, dió un grito al ver a la mujer de Paolo.

— ¿Qué pasa?... ¡Dímel... ¡Habla!... ¡Dios mío, qué sucedel...

Maria no podía hablar. Su respiración era jadeante.

— ¡Eh!... — dijo haciendo un esfuerzo.

— ¿Quién? — exclamó Fiamma creyendo enloquecer.

Su corazón descubrió la verdad, antes de que se la dijeran.

— ¿El corsario?...

— ¡Sí, él!... Ha venido... Paolo lo quiere

matar... ¡Ventel! ¡Tráete a tu hijo!... ¡Hay que salvarlos!

Sin gritos, pues no los tenía para aquel supremo momento, Fiamma corrió, seguida de su hermana.



— ¡Sí, él!... Ha venido... Paolo lo quiere matar...

La puerta de la casa de su padre estaba cerrada.

— ¡Paolo, no lo mates! — gimió. — ¡Abre-me, padre!

Nadie la oía. Acercóse a una ventana, que había al lado de la puerta, a poca altura

de la calle, y pegó el rostro a los cristales mirando ansiosamente.

Y pudo ver cómo el corsario, dando un salto, desarmaba a su hermano, echándolo sobre la mesa y amenazándolo con su puñal...

Pero él no había venido al pueblo, abandonando a los suyos, para verter sangre.

Y el puñal cayó de sus manos, sin herir.

— ¿Por qué no me matas? — preguntó el pescador. — ¿Es que no te atreves?

El pirata miró con pena a su enemigo y le dijo:

— Es que no te odio.

Y el viejo calafate y sus hijas, que habían permanecido en una tensión dolorosísima, sintieron que de nuevo la sangre circulaba por sus venas y que sus corazones latían con alborozo.

Maria pudo abrir la puerta y Fiamma entró en el hogar, del que estuviera dos años alejada.

¡Oh, Fiamma! — exclamó el pirata.

Vió entonces al hijo y tembló porque la vida era demasiado buena con él.

Los ojos de ella, tan apagados y tristes que daban una impresión desoladora, se fijaron en el viejo calafate, en el padre que la había castigado...



Y pudo ver como el corsario, dando un salto, desarmaba a su hermano...

— ¡Perdónales, padre! — rogó María. — ¡Perdónales!... ¡Piensa que es mucho lo que han sufrido!



— ¡Perdónales, padre! ¡Perdónales!... ¡Piensa que es mucho lo que han sufrido!

Hubo un silencio solemne. La buena y dulce hermana, siguió rogando:

— ¡Procurales la paz!... ¡Quién sabe si con ella podrán ser todavía felices!

El silencio ahora se prolongó, y parecía como si en las almas de todos, se oyese caer, gota a gota, como de un reloj de arena, los instantes terribles y preciosos de los que depende la alegría o el dolor.

Al fin, el viejo padre abrió su mano y dijo:

— ¡Id en paz!

El corsario y Fiamma, con su hijo, se dirigieron a la puerta...

...Marchaban lentamente...

...Fiamma se detuvo, volvióse y pidió con voz turbada:

— ¡Padre, mi buen padre! ¡Antes de marcharme, bendíceme a mi hijo!

El tiempo contaba sus instantes como dones magníficos que los dioses hicieran a todos los desposeídos de consuelo, a todos los tristes, a los que tienen los ojos llagados de llorar y las almas rebosantes de amargura...

La hija acercó el niño al viejo y las manos temblorosas del calafate trazaron sobre la cabeza del inocente la señal de la bendición.

Y otra vez Fiamma dirigióse a la puerta.

El padre la seguía con la mirada.

Ella avanzó un paso...

...El calafate se levantó de su asiento...



...El calafate se levantó de su asiento...

...Ella avanzó un paso más...

— ¡Hija!

Y Fiamma se detuvo, sin poder sostenerse casi. Tanto era lo que le dolía el corazón por la alegría de oírse llamar hija.

Esperó al anciano. No se atrevía a mirarle.

Y he aquí que el calafate cogió a su hija y la hizo sentarse a la mesa, en el puesto que había ocupado siempre, antes de su desventura.

Y luego acercóse al corsario y le hizo tomar asiento frente a su mujer.

Y él sentóse a la cabecera.

Y partió el pan y dió de él a Fiamma y al corsario.

Paolo era el áncro que seguía resistiéndose a las emociones de aquel instante y, vuelto de espaldas, miraba fijamente delante de sí. Luego sintió que la mano blanda de Maria, pujábale amorosamente del brazo. Como un niño grande, que no sabe lo que quiere, que está alegre y triste, con ganas de reír y llorar al mismo tiempo, dejóse llevar, y ocupó su sitio.

Entonces el hada de la casa, la hermanita buena, espumó las ollas.

Y el padre trazó el signo de la cruz, bendiciendo la mesa.

Y Fiamma temblaba, temiendo que aquello fuera un sueño que podía desvanecerse.

Y el corsario sentía como de su alma, subíale a la garganta algo que eran deseos



Paolo era el único que seguía resistiéndose a las emociones de aquel instante y, vuelto de espaldas, miraba fijamente delante de sí.

de cantar y de lanzar gritos espantosos, porque todo aquello era tan extraordinario que no lo concebía y dábale miedo, un miedo misterioso... Porque sin que pudiera explicárselo, la verdad era que, después de su vida

aventurera y sangrienta, él había encontrado la paz y con la paz, un hogar y una familia...

Sólo Paolo seguía ceñido; pero también su ceño desapareció en cuanto el hijo de Fiamma comenzó a intentar subírsele encima de las rodillas.

Y el silencio de todos era grande.

Sabíamente, el corsario los miró uno a uno, como si temiese que no fueran sino fantasmas de su imaginación, y al convencerse de su realidad, aquel algo que de su alma le ascendía a la garganta en forma de canto y de grito, sacudió sus hombros y el temible pirata, vencido por la emoción, echóse de bruces en la mesa y comenzó a llorar.

Fiamma quiso ir a él, pero su padre la detuvo con estas palabras:

— ¡Déjale que llore!... ¡Ese raudal que sale de sus ojos, se le está llevando todas las impurezas del alma!

Y el corsario siguió llorando, como si quisiera verter todas las lágrimas guardadas en los intactos depósitos de su corazón para sumergir el alma en ellas, como en un bautismo que lo devolvería a la vida sin las huellas de su horrendo pasado...

TÍTULOS DE LOS LIBROS PUBLICADOS

LOS HIJOS DE NADIE (4 ediciones)

EL TRIUNFO DE LA MUJER
(Gran obra de teatro)

EL PRISIONERO DE ZENDA
(Novela de amor)

EL JOVEN MEDARDUS
(Drama de época)

LOS ENEMIGOS DE LA MUJER
(Según la novela de V. Blasco Ibáñez)

UNA MUJER DE PARÍS
(Sentimental novela)

EL CORSARIO (Novela romántica)

EN BREVE

PARA TODA LA VIDA

sugestiva novela sentimental, según el
argumento escrito expresamente para la ci-
nematografía por el insigne dramaturgo

JACINTO BENAVENTE

PROFUSIÓN DE FOTOGRAFÍAS
ÉXITO :: INTERÉS :: EMOCIÓN

Precio: UNA PESETA

